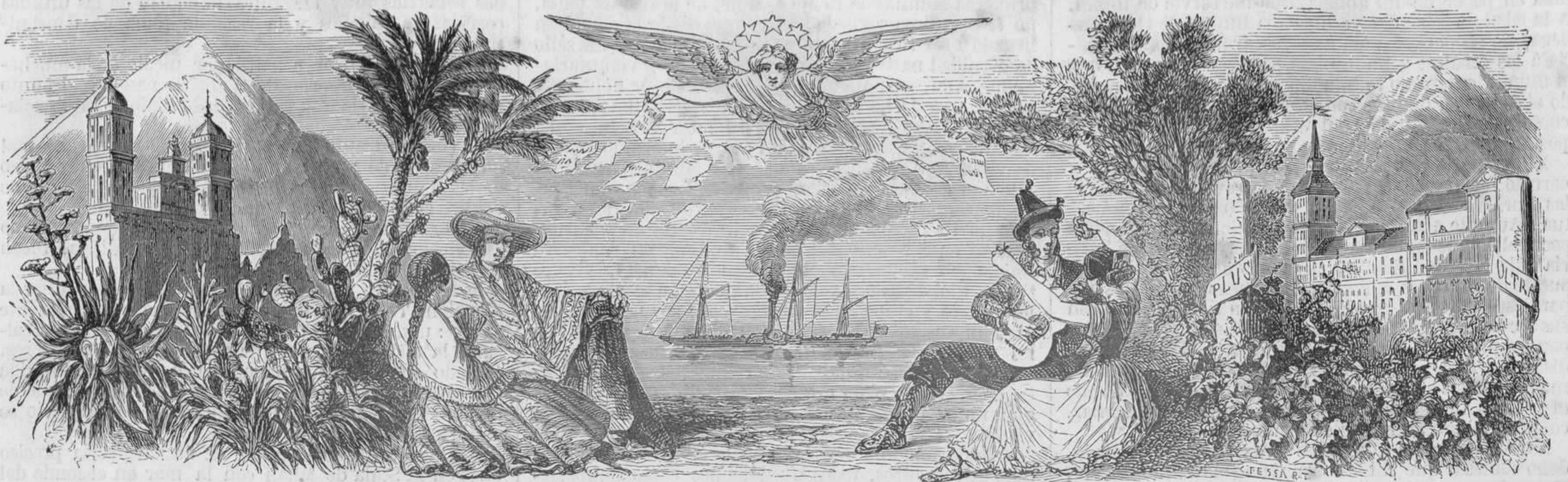


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — Tomo VIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 15. — N° 206.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10 en Paris

SUMARIO.

Rechid-bajá; grabado. — El canto de los Helenos. — M. P. Delaroché; grabados. — Revista de Paris. — Hombreros ilustres de la América española. — Tipos y fisonomías del ejército de Oriente; grabados. — Gerifalte. — Grandes cacerías en Baden; grabados. — El puente de Plessis-les-Tours; grabado. — Monumento elevado en Amboise á la memoria de los marineros de la fragata francesa la Sibylle; grabado. — Amor del poeta. — Laura. — Boletín científico. — Beranger; grabado. — Banquete dado á M. Regnault, director de la manufactura de Sevres, por sus administrados; grabado.

Rechid-bajá.

La promoción de Rechid-bajá á la dignidad de gran visir ha dado margen á muchas suposiciones contradictorias sobre las influencias que se han puesto en juego con tal motivo; sean cuales fueren estas influencias, como en sus efectos está para nosotros su único interés, publicamos la nota siguiente que acompañaba al envío de un excelente retrato del gran visir y que es la expresión de la opinión pública en Constantinopla.

No es la primera vez que este hombre ilustre ocupa tan altas funciones; en 1846 obtuvo el mismo puesto, y su advenimiento á él fué aceptado con júbilo en Europa, pues el nombre de Rechid-bajá se halla íntimamente ligado con todas las ideas generosas y de progreso que han señalado el reinado de S. M. el sultan Abdul-Medjid.

El soberano de ese imperio regenerado, ese soberano que con sus medidas civilizadoras y con la gloriosa lucha sostenida sobre el Danubio, ha logrado introducir su imperio, mediante el tratado de Paris, en el acuerdo de las potencias europeas; al apelar á la antigua experiencia y á los talentos reconocidos de Rechid-bajá, ha dado

prueba de mucha habilidad y de un deseo sincero de conservar á la Turquía las simpatías de todos sus aliados, sin distinción. Por otra parte el nuevo ministro popular en Turquía como ninguno, acostumbrado al manejo de los negocios públicos, y respetado á pesar de lo que digan sus detractores, vencerá seguramente cuantas dificultades puedan presentarse, y estamos persuadidos de que todo el mundo aprobará la nueva elección del sultan.

EL CANTO DE LOS HELENOS.

(SEGUNDO PREMIO.)

« Preservar su imaginación de todo extravío no es pura y simplemente para una mujer virtuosa mas que calcular lo que la conviene para ser feliz. —

MME. NECKER DE SAUSSURE.»

Eres bonita, mi querida Blanca; eres rica, te ves querida de todos y ya osas preferir á este mundo que te admira otro mundo encantador, pero ideal, creado por una imaginación de diez y ocho años. ¡Cómo te complaces en adornar con lujo, con amor esa Alhambra de tus sueños! que bien se vive en ella ¿no es verdad? léjos de las mezquinas exigencias y de las vulgares realidades de nuestras monótonas existencias. Allí no se oyen mas que voces inteligentes y tiernas; allí se ama siempre sin calcular nunca... Tus amigos dicen que haces mal en dejarte llevar de esos devaneos, pero tú no haces caso de sus graves discursos: no creas pues que vengo ahora á predicarte yo también; no: estoy demasiado segura de que no me escucharías. Voy solamente á contarte una historia, y esta historia es la mía: voy á hacerte una confianza, casi á confesarme contigo, con que ya ves que no puedes dejar de oirme.

Ante todo, hija mía, permíteme que te diga que te compadezco porque eres tan rica, raro lenguaje que sin duda llega hoy á tus oídos por primera vez. Acaso la riqueza te parece el mejor de tus privilegios porque te permite forjarte ilusiones á tu gusto y hacer felices á los demás. — Entendámonos: libreme Dios de querer arruinarte! Una mujer pobre es harto digna de compasión. Yo desearia á todas las jóvenes un bienestar seguro, pero no un dote que atraiga las miradas codiciosas. La vida es como un campo



Rechid-bajá, gran visir de la Sublime Puerta.

de batalla; á lo primero que se apunta es á lo que mas reluce.

Yo tambien, Blanca, he sido lo que tú eres ahora, bonita y muy rica... acaso no tanto como tú, esto importa poco, pero me faltaba una madre, es decir, el mas precioso de los bienes de este mundo, bien que no puedes agradecer bastante á Dios!... Yo era huérfana y estaba en poder de mi abuela, que me servia de tutora. A la edad de seis años ya me daba humos de rica heredera; no obedecía á mis maestros, trataba con altanería á los criados, y no hubiera podido comprender que el mundo entero no se sometiese á mis caprichos cuando el espejo en que me contemplaba prendida y rizada como una muñeca de gran valor me revelaba la importancia de mi personilla.

Mi abuela, que habia brillado mucho en la corte y corrido luego todos los azares de la revolucion, conocia las glorias como las miserias del siglo pasado y del actual. Aunque algo frívola en sus juicios, poseia como pocas el don de la conversacion, y muy aficionada todavia á la sociedad, habia conservado un auditorio compuesto de antiguos amigos y de jovenes indiscretos que para escribir obras históricas, venian á instruirse con sus recuerdos. Burlándose de los sucesos, pero benévola con las personas, amable, llena de talento y hábil en disimular á fuerza de gracia una educacion incompleta, me complazco en representármela en mi memoria como el modelo de una época que hoy es moda calumniar, como si valiera menos que la nuestra.

Sin embargo, ya que te he prometido decirlo todo, debo confesar que mi abuela, bondadosa, indulgente, que nunca me rehusaba ni un beso ni un traje, no era una institutriz bastante vigilante para dirigir bien mi primera juventud. Primeramente, yo no la veia mas que á ciertas horas, dos veces al día; entonces me hacia unas cuantas caricias, me daba algunas golosinas y me enviaba á mi cuarto. Por lo comun cuidaban de mí únicamente mis niñeras y sobre todo una Mme. Laurent, camarera de mi abuela que la hacia pagar con un genio bastante insufrible treinta años de fidelidad; por lo demás, confieso que nunca tuve que quejarme de ella: si su despotismo pesaba sobre mis niñeras, lo que es á mí me trataba con extremado miramiento y aun con verdadero respeto. Por año nuevo me compraba juguetes de su dinero y me dejaba ponerme en carnaval sus gorros empingorotados y su justillo de raso tornasolado.

Pronto las ayas sucedieron á las niñeras. Varias tuve: una inglesa me aburrió con relaciones de Shakspeare, una alemana me enseñó á pedir pan en la lengua de Schiller; en fin una discípula de Kalkbrennes tuvo la gloria de enseñarme á tocar unos cuantos rigodónes al piano: todas, mas atentas á sus intereses que á los míos, me abandonaron por ir á buscar fortuna en Londres ó en San Petersburgo. Por fin se pensó en hacerme entrar en un convento para completar mi educacion, á lo que me resistí como un pajarillo que no se quiere dejar meter en la jaula. Mme. Laurent tomó mi partido y me quedé en casa, donde, merced á algunos maestros que venian diariamente á darme leccion y á mi poquito de amor propio, logré adquirir esa instruccion superficial que basta á la mayor parte de las mujeres.

Así fué creciendo insensiblemente en este caseron de mis mayores que hoy te parece tan triste con sus grandes salones, sus antiguos muebles y su patio empedrado. A los diez y seis llegué á ser la asidua acompañante de mi buena abuelita y tuve la incumbencia de concluir los fondos de sus bordados en tapicería y de hacer los honores del té; pero no creas que á esto se redujo todo. Mi abuela, con una complacencia sin igual, me llevaba á una multitud de sociedades y tenia la paciencia de quedarse en los bailes hasta última hora, gozando con mis triunfos como una verdadera madre; con mis triunfos, si: dispénsame esta vanidad retrospectiva. En todas partes obtuve la acogida mas lisonjera: mi dote hubiera bastado para atraerme cortesanos, y la libertad en que me habian criado me daba una *pi-cante* tintura de originalidad. Todos los cascabeles de la locura venian á alborotar en derredor de mí: yo me moria por el baile, la confusion, el bullicio. Empapada, por decirlo así, en el ingenio vivaz de mi abuela, acostumbrada á hacer los honores de su salon, no tenia ya el tímido encogimiento que de ordinario se impone á las señoritas, y sin embargo, mi inexperiencia de las cosas de la vida no podia ser mayor. Mis únicos guias eran el capricho y mi imaginacion.

Todos los años por mayo saliamos á jornadas cortas, en la carretela vieja, mi abuela, Mme. Laurent, un perrito de lanas llamado *Baja* y yo, para la quinta de Braizieux, antigua casa solariega de la familia donde residiamos hasta Navidad, y donde los placeres del campo sustituian á los bailes y fiestas de la corte: recibiamos numerosos huéspedes, armábamos frecuentes expediciones; nuestra presencia animaba toda la comarca: no parecia sino que llevábamos los placeres en nuestro equipaje. El parque me parecia un Eden con sus frondosas alamedas y sus ópimos frutos cargados de abridores, de albaricoques y dorados racimos.

Mi familia no se componia de una sola persona. Tres hijos habia tenido mi abuela, de los cuales solo le vivia el mayor, pero casado en una provincia distante con una mujer sedentaria y enfermiza, pasaba su tiempo enteramente dado á la caza, á la agricultura, á la educacion de sus hijos y casi nunca venia á Paris. El segundo, que fué mi padre, habia muerto de teniente coronel en España y mi madre le sobrevivió pocos años; en fin, el tercero, que tambien habia muerto hacia mucho tiempo, habia dejado una viuda y un hijo único,

los cuales, aunque establecidos en la Bretaña, venian de cuando en cuando á visitarnos. De estas dos personas voy ahora á hablarte.

No te ocultaré que detestaba á mi tia, en lo cual era doblemente imperdonable, porque jamás he conocido mujer mas perfecta, pero acaso aquella misma perfeccion era lo que yo no podia sufrir. Hija de una de las primeras familias de Rennes, Mme. de Braizieux tenia, no la orgullosa ceguedad de los que desde la nada han llegado á ser ricos y que á nadie intimida, sino ese sello de dignidad nativa que se revela en todo involuntariamente. Alta, corpulenta, modelo perfecto de nobleza y decoro, parecia nacida para mandar: se me figuraba leyendo la historia que como ella debieron ser Semíramis, Catalina II y María Teresa. En efecto, habiendo quedado viuda con un gran caudal que administrar y un hijo á quien dar educacion, habia gobernado aquel pequeño reino interior cual firme y hábil soberana. Jamás mi tia incurrió en el mas leve error en sus palabras ni en sus acciones; jamás un impulso irreflexivo trajo á sus labios una palabra inconsiderada, viva ó tierna. Fiel á sus lutos de viuda no usaba mas que trajes negros y cintas grises ó blancas: sus facciones tenian una regularidad algo masculina, á la manera de las medallas romanas, y sus cabellos que me parecia que siempre debian haber sido canos, rodeaban su rostro de bucles de plata crespos é inflexibles que estoy segura no se hubiera atrevido á descomponer el mismo viento.

Cuando Mme. de Braizieux venia á pasar una temporada con nosotros, todos quedábamos como estupefactos. Estaba mi tia harto bien criada, era sobrado discreta para tomarse la libertad de criticar cosa alguna en casa ajena, pero la sorpresa de sus miradas era mas elocuente aun que las palabras. A pesar del sumo respeto con que trataba á su suegra, esta se sentia, como todos, subyugada por aquella influencia glacial: delante de su nuera hablaba con menos libertad y se vestia de colores mas oscuros. Hubiera bastado á un extraño oír á aquellas dos señoras dirigirse las palabras mas sencillas para juzgar de la frialdad que reinaba entre ellas. Yo por mi parte, pronto conocí que mi tia desaprobaba mi educacion, mi independencia de carácter, mi ociosidad, mi lujo; así es que delante de ella todo desaparecia, buen humor, agudezas, joyas, encajes. Mme. Laurent, muda y turbada, no osaba regañar á nadie, y se me figuraba que el mismo *Baja* se abstenia por respeto á ella de subirse á los sofás.

Réstame hablarte de mi primo Jorge, muchacho muy guapo, dócil, respetuoso delante de su madre, asaz turbulento fuera del salon y hábil en lanzar su cometa á las nubes, pero muy poco divertido para mí: lo que sin duda contribuyó á inspirarme prevenciones contra él, fué que creí adivinar desde muy niña que me le destinaban para marido, y la sola idea de llegar á ser nuera de mi tia me daba calofríos. Mi primo, que me llevaba algunos años, habia adquirido en sus playas bretonas la vocacion marítima, y á este objeto se dirigieron sus estudios. En fin un año vino á vernos muy ufano porque iba á embarcarse en un buque del Estado en calidad de guardia marina.

— Con que, primita, me dijo, ¿no te envanece de tener un primo guardia?

— No, le respondí secamente; no me gusta la marina.

— Porqué? exclamó sorprendido. ¿Hay cosa mas hermosa que correr mundo, salvar una tripulacion, llegar á almirante?... qué falta le pones á esta carrera?...

— ¿Qué sé yo? se me figura que un marino debe volver siempre curtido del sol, muy espeluznado y oliendo á brea.

Sin contestar palabra me volvió la espalda tan visiblemente ofendido que conocí mi imprudencia, pero no tuve el tino de repararla. Pocos dias despues nos dejó para ir á embarcarse en Tolon con destino á Alejandría.

Como no estoy escribiendo mis Memorias, sino un episodio de mi vida, permítame que salte sin mas preámbulo hasta el invierno de 1837 á 1838 que ha quedado profundamente grabado en mi imaginacion. Entonces tenia yo veinte años.

Aquel invierno fué de los mas brillantes. El temor de cansar á mi abuela me hacia muchas veces preferir las reuniones íntimas ó los conciertos á los grandes bailes: una vez entre otras, creí hacer un sacrificio meritorio persuadiendo á mi bondadosa acompañante perpetua que me llevase á casa de una amiga suya, la baronesa de Larcy, en lugar de ir á un gran baile en la embajada de Inglaterra; solo que para consolarme un poco de mi abnegacion, estrené un lindo traje de crespón blanco y una preciosa guirnalda de hojas que habia dispuesto para la funcion británica.

La baronesa de Larcy, contemporánea de mi abuela, era mundana como ella pero tenia mucho menos talento. Recibia todos los viernes y se tomaba un afán im-probo por atraer gentes á su salon, en el que música, té, helados, conversacion, todo en una palabra era muy mediano, por lo cual los verdaderos elegantes no asistian á él mas que en cuaresma. Esto la obligaba á re-lutar tertulianos en todos los países y entre todas las opiniones: allí la ex-guardia real jugaba al *whist* con los generales de Africa, y rusos y polacos se batian al *ecarté*.

Aquella noche nos sorprendió encontrarnos con un verdadero gentío. La baronesa, que estaba radiante, se llegó á nosotras muy apresurada, con la sonrisa en los labios y vestida con un traje de terciopelo color de rubí,

— Pronto, pronto! nos dijo. Voy á ver si puedo colocar á Vds. Esta noche tenemos muy buena música y van Vds. á oír cantar al príncipe Alfeo.

Mucho trabajo nos costó en efecto descubrir dos asientos desocupados en una banqueta. Junto á mi madre se hallaba una inglesa taciturna que llevaba el compás con un abanico á la moda del siglo pasado; junto á mí dos señoritas muy elegantes hablaban de las últimas corridas de caballos y la reciente toma de Constantina.

En esto un joven penetró por medio de la muchedumbre, que se apresuraba á abrirle paso, y al punto mis vecinas olvidaron su animado diálogo para exclamar:

— Qué arrogante figura! parece un camafeo antiguo! qué nobleza de porte! ahora comprendo el entusiasmo de los franceses por la causa de la Grecia; ahora me explico el destierro voluntario de lord Byron.

— Solo por oír á ese gallardo cantor he renunciado esta noche á ir á la embajada, repuso su amiga. Dicen que tiene tan hermosa voz como Rubini.

Seguramente el joven extranjero merecia llamar la atencion. Tenia una figura hermosísima y sumamente noble: una sonrisa llena de melancólica dulzura realzaba la altiva expresion de sus rasgados ojos negros. Cuando con una voz armoniosa y vibrante, dirigida con un gran talento de artista, hizo oír una especie de canto de guerra griego, todo aquel frívolo auditorio se sintió arrebatado de entusiasmo.

— Un salon es indigno de él, decian; seria preciso oírle en la Scala de Milan con la mar en el fondo del teatro para acompañar su voz.

El príncipe sin embargo no mostraba desear ni mas aparato ni mas público, antes cantaba con sencilla naturalidad como canta un pescador napolitano mientras está componiendo sus redes. Primero habló de los pasados tiempos de Atenas con el orgullo de Temístocles, luego de Atenas esclava con una sombría indignacion: por último pareció que su voz se reanimaba recordando el reciente sacudimiento de la patria á que debió su libertad, y profetizándola nuevos destinos. Luego que hubo callado de todos los ángulos de la sala se levantó una estrepitosa salva de aplausos, interpolados con lágrimas: algunos le pidieron que repitiese y le arrojaron coronas como á un actor. El príncipe se sonrió con amable melancolía, se acercó al piano y empezó de nuevo sencillamente sin mostrarse enorgullo ni cansado.

Aquel talento excepcional, tan diferente de todo lo que se ve en los salones, la poesía inherente al nombre de la Grecia y acaso tambien la belleza del noble extranjero me causaron una viva impresion. Largo rato habia que su voz habia cesado de vibrar y aun resonaba en mi corazon.

— ¿Ha oído Vd. nunca cosa semejante, ni aun en el teatro Italiano? preguntó á su amiga una de mis vecinas. Desgraciadamente para el público, el príncipe es demasiado gran señor para hacerse artista: pertenece á una de las mejores familias de Grecia y desciende por su madre de uno de los duques franceses de Atenas.

— Yo creo, repuso mi segunda vecina, que desciende en línea recta de Apolo. Está visto que la Grecia es siempre el país de los dioses. ¿Es rico?

— Sin duda: todos los dias se le ve en el bosque de Bolonia en un precioso tilburí tirado por un soberbio caballo, y con un lacayuelo vestido, creo, de albanés, que atrae todas las miradas.

— Cambiemos de asiento, me dijo al oído mi abuela que se aburría de no tener con quien hablar. Ese abanico (el de la inglesa su vecina) me va á resfriar; se me figura que me echa á la cara todas las nieblas del Támesis.

Con esto nos acercamos al piano donde quedaban algunos asientos abandonados, porque los que habian acudido á oír el canto de los Helenos ya se habian ido á otros puntos de la sala. La baronesa de Larcy se acercó á nosotras pidiendo elogios para su concierto como las cantoras de las calles piden cuartos.

— Querida Albina, me dijo, Vd. tan aficionada á la música debe V. estar encantada.

— Seguramente, respondí. Jamás he oído cosa que me haya gustado tanto. Comprenderia que ese canto sublevase á un pueblo.

Apénas hube pronunciado estas palabras algo inconsideradas, cuando volviendo la vista alrededor, toda confusa, me encontré precisamente los ojos del príncipe, y aquella misma sonrisa dulce y melancólica que ya me habia llamado la atencion, me hizo conocer que me habia oído; hasta creí adivinar que preguntaba mi nombre; luego, toda sonrojada y mirando á otro lado, le oí exclamar:

— ¡ Hermosa como Véleda!

Entonces no habia yo leído todavia los *Mártires* (1) y sin embargo aquellas palabras sonaron dulcemente en mis oídos: las mujeres adivinan los cumplimientos aunque no los comprendan.

Aquella noche dormí muy poco; el canto de los Helenos me persiguió durante mis breves sueños: á la mañana siguiente me levanté con la esperanza de volver pronto á oírle. Durante muchos dias solo fastidio encontré en las sociedades: jamás aquella uniformidad de lujo y de placeres me habia parecido tan poco digna de mi atencion.

El domingo siguiente, al salir de misa con mi tia, me estremecí involuntariamente al ver al príncipe reclinado

(1) Poema en prosa de Chateaubriand, cuya heroína es la bella sacerdotisa gala llamada « Véleda. »

do en una columna de la iglesia, grave, siempre vestido de negro, iluminado el rostro por los vivos reflejos de las vidrieras de colores. Con gran sorpresa mía me saludó profundamente, saludo que le devolví poniéndome muy encendida y afectando atender solo á mi abuela.

Por espacio de cerca de un mes aquellos encuentros imprevistos se renovaron á menudo, tan á menudo que no tardé en abrigar una vaga sospecha de que el príncipe procuraba provocarlos: sus miradas fijas en mí con marcada atención podían hacérmelo suponer sin sobra de vanidad. Frecuentábamos las mismas sociedades, le veía en los bailes, en el teatro, en los paseos, en la iglesia, siempre vestido de luto; ni bailaba ni jugaba; hablaba poco y rara vez de vulgaridades, pero todos le sacaban la conversacion de los asuntos de Grecia, y entónces sus sentimientos patrióticos le comunicaban una elocuencia verdaderamente singular. Mi único disgusto era que siempre se negaba á cantar.

— Cante Vd. cualquier cosa, una romanza, le decía la baronesa de Larcy.

— No, respondía el príncipe, los desterrados no saben mas cantares que los de su país, y estos me hacen daño.

— Amigo mío, replicaba la amable baronesa, Vd. no está desterrado, aunque á decir verdad, si tratase Vd. de fugarse, procuraríamos retenerle á Vd. aquí por fuerza.

— Voluntario ó no, respondía, mi estado es el destierro. Aténas ha muerto, y lo único que sus hijos pueden ya pedirle es un sepulcro. Ya conoce Vd. los hermosos versos de lord Byron: «Patria hermosa de los griegos, ya no existes, y sin embargo eres inmortal!»

— Lord Byron decía eso hace mucho tiempo, añadía la baronesa haciendo el té: hoy sabemos que tienen Vds. una jóven reina bellísima y que los bailes de Atenas pueden competir con los nuestros.

Entretanto el príncipe conservaba con respecto á mí una actitud tan reservada y respetuosa que su atención no podía turbarme mucho, y aun llegué á creer que mis sospechas habian sido hijas de la presuncion; yo sin embargo seguía viéndole con gusto, pero nada mas.

Pronto algunos episodios de la vida real vinieron á distraerme un poco de mis sueños.

Llegóme cuando ménos lo esperaba, una compañera. La mayor de mis primas nos fué de pronto enviada por sus padres so pretexto de perfeccionar su educacion, pero tal vez por un sentimiento de envidia inspirada por el particular cariño que me demostraba mi abuela: yo era evidentemente la nieta preferida. Era mi prima Noemí muy linda, tenia 17 años y el carácter mas alegre del mundo: criada en la provincia no tenia la menor idea de los usos de Paris, y yo recibí el encargo de írselos enseñando. Acaso mi poquito de superioridad en punto á elegancia hubiera bastado para impedir que se estableciese una grande intimidad entre nosotras: además, llegaba tardé. Ella no hacia mas que reir cuando yo no hacia mas que cavilar: no podíamos entendernos.

Mucho tiempo ha que no te he hablado de mi tia, y es porque desde el dia en que su hijo se embarcó en calidad de guardia marina, pasó varios años seguidos en Bretaña por no tener valor para perder de vista la mar. De tarde en tarde nos escribía dándonos algunos pormenores matemáticos sobre los viajes de Jorge á remotas tierras y sobre sus raras apariciones por Rennes; pero en la época de la llegada de Noemí recibimos algunas líneas de Mme. de Braizieux en que nos anunciaba que habiendo su hijo obtenido una licencia de pocos meses, vendrían ambos á pasarlos con nosotros, ya en Paris, ya en el campo.

Semejante noticia no podía venir en peor ocasion: un vago presentimiento me anunciaba que la presencia de mi tia iba á trastornar completamente la vida ideal que yo me habia creado.

Estábamos en el mes de enero, es decir en pleno carnaval, y como en casa de la baronesa de Larcy lo que predominaba era el canto, solia costarme no poco trabajo persuadir á mis dos compañeras que la prefiriesen á otras reuniones mas alegres.

— Aquello es una pajarera! solia decir mi abuela.

Un día recibimos una tarjeta de la baronesa en que se leían estas palabras escritas con lápiz:

«Vengan Vds. mañana á la noche en nombre de Santa Inés.»

Inés era el nombre de la baronesa, con cuyo motivo hallamos su salon lleno de gente y de ramos de flores, entre los cuales reparé uno hecho de violetas y camelias blancas que me pareció mas sencillo y elegante que los demás, y así lo manifesté.

— ¿Verdad que es delicioso? me dijo la baronesa. Voy á decir al príncipe que es Vd. de mi parecer, porque á él es á quien se lo debo, igualmente que ese magnífico álbum de vistas de Grecia.

Miéntas yo hojeaba el álbum algo confusa, la baronesa añadió: «¿No es verdad que el príncipe seria muy amable si nos hiciese oír de nuevo el canto de los Helenos?»

— Esta noche, respondí muy cortada, no podrá negárselo á Vd.

Un momento despues, el príncipe empezó á cantar.

Segunda vez oí aquella dulcísima melodía! á duras penas logré entónces disimular mi turbacion: sentia yo que las miradas del noble griego me abrasaban la frente; creía adivinar que por quien cantaba era por mí y experimentaba un profundo sentimiento de gratitud y de orgullo.

Al salir del salon encontré en mi abrigo un ramillete enteramente igual al de la baronesa: cogíle sin decir nada y le oculté á las curiosas miradas de Noemí.

Pocos dias despues fuimos á un gran baile en el que las tres nos divertimos muy poco; mi abuela porque habia demasiada confusion, mi prima porque la sacaron poco á bailar y yo porque no ví en él á la única persona á quien hubiera deseado ver. Así fué que nos pusimos de acuerdo para retirarnos temprano; pero cuando con mil trabajos logramos llegar al guardarropa, advertimos con terror que se nos habia escabullido mi prima, y solo despues de mucho buscarla en vano, llegó por fin cubierta con una capa de cachemir carmesí argelino que habia creído deber apropiarse no encontrando la suya.

— Jesus! exclamé, qué afán es navegar entre ese gentío! Yo iba siguiendo á dos señoras cuyos peinados se parecían por detrás á los de Vds., y á no ser por un caballero muy alto y muy guapo, todo vestido de negro, que ha tenido la bondad de guiarme hasta aquí, aun andaria perdida.

— Aquí estaba! exclamé; y me eché en cara mi torpeza de no haberle logrado descubrir entre aquel tropel, sin que se me pasase siquiera por la cabeza que el caballero vestido de negro fuese un desconocido.

Aun no habian concluido nuestras tribulaciones. Hallada mi prima, resultó imposible hallar al lacayo y no teníamos absolutamente á quien enviar en busca del coche; además estábamos tiritando de frio. En esto un lacayito, vestido de griego, se llegó á mi abuela y la dijo respetuosamente:

— Mi amo me manda que venga á ofrecer su coche á mi señora la marquesa.

— ¿Y quién es su amo de Vd.? preguntó sorprendida mi abuela.

— El príncipe Alfeo Micaelis.

Nosé lo que sentí entónces: aquella situacion me pareció tan extraña que hubiera querido echar á correr, á riesgo de volver á casa á pié no obstante mis zapatitos de raso blanco; pero mis compañeras no pensaron del mismo modo.

— No conozco á nadie de ese nombre, dijo mi abuela al misterioso criado; pero puesto que su amo de Vd. es tan amable, acepto con mucho gusto por no helarnos en este maldito zaguán.

Ya en coche, Noemí habló de los cuentos de hadas y de príncipes que acuden siempre en auxilio de los desgraciados. Mi abuela, que no habia vuelto á acordarse del canto de los Helenos, se hacia lenguas ponderando la cortesía de los extranjeros y se prometía dar las gracias al príncipe, cuyo nombre recordaba vagamente haber oido en casa de la baronesa; y con efecto la primera vez que le encontró en la reunion, le hizo los mayores agasajos y le instó á que nos visitase, sin ocurrírsele que podia ser peligroso admitir á tan brillante extranjero en nuestra intimidad. Las mujeres olvidan pronto los peligros de la edad que ya no tienen.

Ya tienes pues al príncipe admitido en casa de mi abuela. Desde aquí, Blanca, mi historia va á parecerse á la de muchas jóvenes: ya no se trataba de unas cuantas visitas recibidas de tarde en tarde; — desde entónces empecé á conocer las dulces zozobras de un aficion naciente y correspondida. — Alfeo venia á todas horas: sus modales respetuosos, tan diferentes de los de la juventud del dia, tenían prendada á mi abuela; muchas veces nos acompañaba al teatro, á los bailes, á paseo y aun á tiendas: yo me abandonaba con tanta mas delicia á aquella inclinacion cuanto que hasta entónces no habia pasado por mi cabeza ni por mi corazon ninguna idea de amor. Segun la feliz expresion de un poeta «el cielo estaba abierto sobre mi cabeza.» Oh! cuán brillante y pura, hija mía, es esa aurora del amor!

Así transcurrieron rápidamente dos meses: empezaba el mes de abril cuando llegaron Mme. de Braizieux y su hijo. Contra su costumbre, mi tia no aceptó habitacion en casa de su suegra, por haberla ya tomado, segun nos dijo, en una fonda con Jorge; y añadió que deseando uno y otro ir á descansar al campo, esperaban que no se dilatara nuestro viaje.

La idea de aquella próxima partida me heló el corazon. Un iman muy poderoso me ligaba á Paris, y la quinta de Braizieux, mi quinta ántes tan querida! me aparecia como un destierro, casi como un calabozo. Mi abuela sin embargo accedió con mucho gusto á adelantar el viaje, pues fatigada de las diversiones del invierno, suspiraba por ver sus frutales en flor.

Nada de esto era muy al caso para curarme de mis prevenciones contra mi tia, que continuaba siempre la misma: hay mujeres que parecen nacidas para pasarse en el otoño de la vida, sin haber conocido nunca primavera ni verano, y sin temer el invierno. Jorge, teniente de navío á la sazón, era ya un hombre, bien parecido sin duda, de trato finísimo, pero que no tenia para mí nada de particular. La verdad era que no llegaba en buen momento y de ello debió resentirse la acogida que le hice.

Conoció el príncipe mi tristeza y mostró sentir aun mas que yo nuestra ida al campo.

— Voy á probar la suerte, me dijo, aunque temo que me sea contraria. La baronesa de Larcy es bondadosísima para conmigo y consentirá en ser intérprete de mis sentimientos cerca de su familia de Vd.; pero no puedo sacudir de mi alma los mas aciagos presentimientos.

Llena de confianza en la indulgencia de mi abuela, tuve valor para animarle...

Sin embargo, cuando al dia siguiente se hizo anunciar en casa la baronesa, mi corazon latió con extraordinaria fuerza. — Al principio habló de cosas insignificantes, de la ópera nueva, de las novedades del dia, de modas, de cuanto se le vino á la cabeza, con la insustancialidad propia de las mujeres frívolas. — Mi abuela,

mal que bien, sobrellevaba aquel fuego graneado de palabras vacías, pero mi tia, que se hallaba aquí casualmente, parecia como alelada. Por último se levantó la embajadora, y cuando mi abuela se levantó tambien para despedirla, la pidió un momento de audiencia.

¡Con qué impaciencia febril aguardé el fin de aquella conversacion! así es que respondí sin saber lo que me decía á las pocas palabras que me dirigió Mme. de Braizieux: por fortuna Noemí hablaba por nosotras tres.

Cuando volvió mi abuela de su conferencia vino sumamente disgustada y echando pestes contra la baronesa, lo cual me pareció de malísimo agüero, considerando con dolor que no se suele criticar á las personas portadoras de buenas nuevas: á estas personas las encontramos siempre mil perfecciones.

Luego que se fué mi tia, mi abuela despidió á Noemí alegando no sé qué pretexto, y me dijo con una indiferencia acaso un poco afectada:

— Esa pobre baronesa es excelente, pero tiene un gran defecto y es el de querer servir, colocar, casar ó reconciliar á todo el mundo. Apénas hará diez años que estaba empeñada en casarme con un viejo general inglés que á poco se murió de un arrebato de ira en las aguas de Bourbonne, y que viajaba siempre entre su loro y su médico. Adivina á qué ha venido hoy; pues ha venido nada ménos que á ofrecermelo para tí la mano del príncipe Micaelis: — ahora bien, hija mía, el príncipe es guapísimo, convengo en ello, pero no tengo ganas de enviarte á que te mueras de hambre en Grecia, pues parece que no posee casi nada, — acaso algunas ruinas, — por único patrimonio, ó algunos ahorros que le permiten usar coche de alquiler y guantes blancos. Es poco para dos.

— Querida abuelita, exclamé fuera de mí, con eso me basta; ¡Déjeme Vd. ser feliz!

La idea de un amorío entablado sin su noticia llenó á mi abuela de sorpresa é indignacion.

— Cómo! me dijo, ¿con qué me estabas engañando? Miéntas que no pensaba mas que en proporcionarte diversiones, tú disponias de tí misma abusando de mi confianza y riéndote, sin duda, de mi buena fé?

En vano me defendí con calor; mi abuela enfurecida no quiso escucharme. Por primera vez de mi vida la habia ofendido profundamente.

— Razon tenia tu tia en censurar mi excesiva indulgencia contigo, harto lo conozco ahora.

Todo pues conspiraba contra mí, hasta el amor propio de aquella segunda madre que en su injusta irritacion no consideró que acaso era ella la principal culpable, pues á ella y no á mí era á quien le tocaba haber previsto el peligro con tiempo.

Oh! cómo me affligí entónces, Blanca! cuán dura, cuán imposible de soportar me pareció la vida! Pobre niña mimada, jamás habia aprendido á padecer ni á someterme. Sin valor, sin fuerzas contra la desgracia, no quise salir de mi cuarto ni probar bocado; pasaba las noches sin dormir y los dias sin descanso. Semejante situacion comprometia gravemente mi salud, ya algo quebrantada por las fatigas y las emociones del invierno. La calentura inflamó mi sangre; pasé una peligrosa enfermedad, durante la cual no se apartaron de junto á mi cabecera mi abuela y mi tia, que pálidas, inquietas, hablándose continuamente al oído, me presentaban bebidas amargas por todo bien... ¡Ah! ¿porqué una madre vigilante, una tierna hermana no vinieron á enseñarme la senda bendita de la resignacion y de la paz?

Pronto me ví rodeada de los primeros médicos de Paris: la homeopatía disputó mi curacion á la antigua facultad. Lo que con mas empeño me prescribían todos era la calma. Mi abuela, desesperada, recordaba el prematuro fin de mi pobre madre, á quien quitó la vida el dolor de haber perdido á mi padre, y tuvo miedo. Los médicos insistían porque se me satisficiesen mis menores caprichos: su receta se reducía á que fuese feliz.

Un dia mi abuela entró en mi cuarto y me abrazó mas cariñosamente que de costumbre. Yo estaba como insensible á todo.

— Hija mía, me dijo, date prisa á ponerte buena; estoy resuelta á comprar tu restablecimiento al precio que quieras. — Los facultativos hablan de enviarte á los Pirineos; pero yo creo que lo que necesitas para repórtate del todo es tomar los aires de Atenas... Luego añadió muy conmovida: — Sé feliz á tu modo, querida mía, y cúmplase la voluntad de Dios!

Como un prisionero á quien abren de pronto las puertas de su cárcel y se encuentra deslumbrado por la súbita luz que la invade, yo me sentí á punto de perder el juicio. A mi lado ví un ramillete de violetas y camelias, — yo no sabia lo que me pasaba; reia y lloraba á la vez; tenia toda la elocuencia de la felicidad.

Desde aquel momento, Blanca, la enfermedad quedó vencida; mi juventud pudo mas que ella y me repuse rápidamente. Cada dia un nuevo ramillete de violetas reemplazaba al de la víspera: mi abuela con una delicadeza exquisita, hallaba medio de nombrar al príncipe, naturalmente por cualquier motivo insignificante, como hubiera podido hacerlo un mes ántes. A los pocos dias pudieron ya llevarme á la sala, sentada en mi butaca: — pasaba esto á principios de abril, con un tiempo delicioso y todo habia tomado un aire de fiesta para mi primera recepcion. Alfeo me estaba esperando; en vano hice un esfuerzo para hablarle, y lánguida, casi desfallecida, le alargué una mano moribunda...

(Se continuará.)



ISABELLE SAUVANT JONAS
 DESCENTE DE LA CROIX
 SONCE D'ATHALIE
 JEANNE D'ARC
 PHILIPPO LIPP
 ST VINCENT DE PAUL
 ENFANTS SURPRIS PAR LORAGE
 UN PHILOSOPHE
 MISS MACDONALD
 M^{lle} SONTAG
 GENE DE LABARTHELEMY
 SUITE D'UNIDUEL
 M^{me} PASTOKET
 ROI DE MONTAU TROCAIERO
 MORT D'ELISABETH
 LE TROCAERO
 DUC D'ANGOULÊME
 EPISODE D'UN NAUFRAGE
 RICHELIEU
 NAZARIN
 CROMWELL
 M^r SAUCÈDE
 LES ENFANTS D'EDOUARD
 S^{te} AMELIE
 JEANNE GRAY
 MORT DU DUC DE GUISE
 MORT DU PRESIDENT DURANT
 TÊTE D'ANGE
 LORD STRAFFORD
 CHARLES I^{er} INSULTE
 HORACE DELAROCHE
 M^r GUIZOT
 M^r DE BOISGELIN
 S^{te} DECILE
 M^r AUBE
 LES VAINQUEURS DE LA BASTILLE
 M^r PUISSON
 JEUNE FILLE A LA BALANCIERE
 HECODIANE
 BICYCLE DE L'ECOLE DES BERG
 M^{me} HOTTINGER
 NAPOLEON DANS SON CADINET
 PIERRE LE GRAND
 M^r BERTRAND
 VIERGE AU CAMELIA
 DUC DE FITZ-JAMES
 L'HEUREUSE MERE
 PIERRES DEVANT S^{te} PIERRE A ROME
 LA VIERGE AU DESERT
 FEMME IRIENNE ET SES ENFANTS
 GREGOIRE XVI
 JEUNE FILLE DANS UNE VASQUE
 M^r DE SALVANDI
 NAPOLEON A FONTAINELEAU
 M^r DE REMUSAT
 M^r DE FOURTALÉS
 M^r DELES SERT
 CHRIS ET LES APOTRES AU JARDIN
 AGEDESALPES PAR CHARLEMAGNE
 SACRE DE CLOYIS
 SACRE DE CHARLEMAGNE
 CHRIST EN CRUIX
 DUC DE NOAILLES
 M^r MALLET

ENDIANT A ROME
 A ELLE DE BEAUVEAU
 MERE ET SES ENFANTS
 P^{ce} DE LA CISTERNA
 M^r SCHNEIDER
 PERE DES ENFANTS D'EDOUARD
 MARIE ANTOINETTE
 RONAFARTE AUX ALPES
 M^{me} SCHNEIDER
 M^{me} NARIESCHKIN
 P^{ce} GHOUVARDF
 MATER DOLOROSA
 M^r ET H^{me} DELAROCHE
 M^r MARCEL CZARTORSKI
 MOISE EXPOSE
 ENSEVELISSEMENT DU CHRIST
 CHRIST AU JARDIN DES OLIVIER
 ITALIENNE PERTANT UN ENFANT
 FERANDE AU DIEU-PAIN
 COMMUNION DE MARIE STUART
 LE MARTYRE
 ENCI MARCHANT AU SUPPLICE
 M^r E. PEREIRE
 LES BONDINS
 M^r THIERS
 VIERGE CHEZ LES S^{tes} FEMMES
 VIERGE REVENANT DU CALVAIRE
 ENFANT DE LA VIERGE
 VIERGE EN CONTEMPLATION
 LECON DE LECTURE
 PRINCESSE DE BEAUVEAU
 FAMILLE DU FORGERON
 M^{me} DE POTOCKA
 TÊTE DE CHRIST
 BOSSINS
 VIERGE EN EGYPTE
 VIERGE POUR LA MADELEINE
 GABRIEL VERNET
 M^{me} DE FAUVEAU
 HENRIQUEL DUPONT
 PAUL DELAROCHE
 DUC DE EELTRE
 M^{me} PAUL DELAROCHE
 M^r TALBERG
 M^r RATTIER
 GREGOIRE XVI
 M^{me} BARRÉ
 MIRABEAU A LA TRIBUNE
 M^r GIRARD
 L'AURORÉ
 LA NUIT
 M^r DE LAMARTINE
 M^r BUTTURA
 M^r HEBERT
 M^r LEON PILLET
 M^r JAUVIN
 M^r DE MANENGI
 M^r DE MONTEORT
 ARRESTATION DU CHRIST
 CHRIST PROTECTEUR DES AFELICES
 VIERGE ET L'ENFANT JESUS
 NAPOLEON A S^{te} HELENE
 SCULPTURES
 S^{te} GEORGES
 LE CHRIST TOMBE SOUS LA CROIX

PAUL DELAROCHE

NE LE 17 JUILLET 1797 MORT LE 4 NOVEMBRE 1856.

M. P. Delaroche,

DEL INSTITUTO DE FRANCIA.

Acaba de morir en Paris uno de los artistas mas famosos de nuestra época, M. P. Delaroche, hijo político de otro pintor famoso, M. Horacio Vernet. Para explicar su importancia personal en esta corta noticia que vamos á consagrarle en nuestras columnas, echarémos una ojeada sobre las últimas evoluciones del arte francés, y nos harémos cargo tambien de las opiniones que el mismo Delaroche profesaba.

Al advenimiento de David, la escuela francesa no contaba en su seno un pintor original y poderoso, y se arastraba en la via de las reminiscencias, de las imitaciones y los procedimientos rutinarios. Conociendo esta decadencia de la pintura, David intentó su restauracion mediante el estudio severo de lo antiguo, pero no logró mostrar en sus figuras mas que un mérito parcial. Bruto meditando al pié de la estatua de Roma, despues de haber inmolidado á sus hijos, es una creacion sublime; al implacable rigor del juez viene á suceder el profundo dolor del padre; pero el grupo teatral de las mujeres que lloran es de un mal gusto que compromete la hermosura del cuadro.

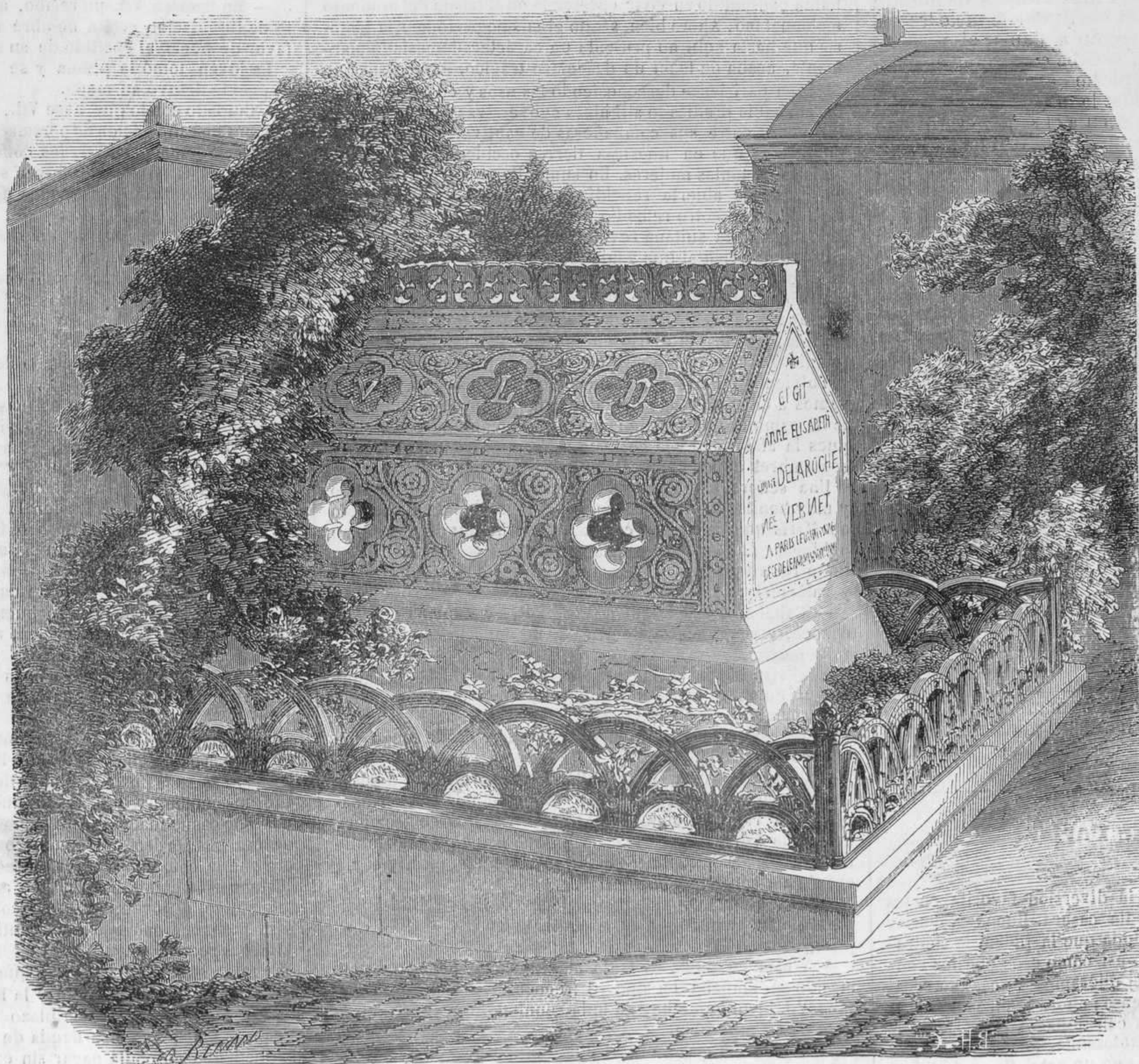
Gerard, Guerin, Girodet y Gros habrian podido hacer grandes cosas con mas independencia personal. Gerard habia comenzado admirablemente; en el estado mayor de su *Batalla de Austerlitz* se nota una disposicion sencilla, fácil, original, del mejor gusto. La ejecucion de los retratos oficiales desvió al artista de toda empresa elevada; la aficion al lujo y á los honores le transformaron, digámoslo así, en un hombre de córte. Guerin ostentó mucha nobleza en el cuadro de *Dido* y mucha fuerza dramática en el de *Clitemnestra*. Girodet halló el encanto poco comun en los eruditos, en su *En dimion*, y Gros pintó dos cuadros, la *Batalla de Aboukir* y los *Apestados de Jaffa* que se conservarán siempre como muestras de un arte nuevo y no serán imitados.

Cuando estos artistas notables en diversos conceptos, principiaron á envejecer, el público cansado de sus obras, dejaba desiertas las exposiciones de pinturas; la generacion nueva queria un arte nuevo, y salieron tres jóvenes, Gericault, Delacroix y Delaroche.

Pablo Delaroche (su verdadero nombre es Hipólito) nació en Paris en 1797. Su padre, empleado en el Monte de Piedad, permitió á sus dos niños Julio y Pablo que estudiaran las artes; solo el último debía perseverar en la carrera. Despues de haber hecho rápidos progresos en la escuela de Gros, expuso en 1819 su primer cuadro *Nefali en el desierto* que pasó desapercibido; *San Vicente de Paul*, *Juana de Arco* y *San Sebastian* le valieron una medalla de oro en 1824. La *Muerte de Elisabeth* (Museo del Luxemburgo) la *Muerte del presidente Duranti* (Consejo de Estado), la *Muerte de Agustin Carraccio*, y un *Episodio de la Saint-Barthelemy* extendieron la reputacion del artista, que recibió en 1827 la cruz de la Legion de Honor por una nueva obra, la *Toma del Trocadero* (Versalles). Esta composicion no fué muy aplaudida, pero en



M. Horacio Vernet.



Tumba de la familia de Delaroche, en el cementerio de Montmartre.

cambio se celebraron mucho *Richelieu* y *Mazarino* (galería Pourtalès) de 1828 á 1830. Los *Hijos de Eduardo* (Museo del Luxemburgo) excitaron grande admiracion y dieron á Delavigne la idea de una tragedia, que dedicó al pintor. En los tres dias de la revolucion de julio, Delaroche abandonando un instante su cuadro de *Cromwell*, se reunió á los combatientes de las barricadas, y este recuerdo patriótico le hacia decir á veces: « Mi experiencia de los hombres me ha hecho deplorar á menudo ese acto de entusiasmo. »

La *Ejecucion de Juana Grey* causó gran sensacion en 1833, pero un año despues obtuvo un triunfo principal con el *Asesinato del duque de Guisa*, su mejor cuadro (casa de Orleans). De 1835 á 1840 presentó varias obras que se hicieron célebres; entre ellas citarémos *Carlos Iº insultado por los soldados de Cromwell*; *lord Strafford marchando al suplicio* (galerías de lord Ellesmer y lord Sutherland); *Descanso de peregrinos al pié del obelisco del Vaticano* (galería del conde de Raczinski en Berlin); dos *Virgenes*, el hermoso retrato de *M. Guizot*, etc.

En 1841 se descubrió á la admiracion pública la pintura monumental del hemicíclo del palacio de Bellas Artes, obra que representa todas las personalidades eminentes del arte. Este trabajo inmenso fué estropeado el año último por un incendio; pero restaurado ya, será en lo sucesivo el mas bello título del artista.

El análisis detallado de las pinturas de M. Delaroche excederia los limites que nos hemos impuesto; bástenos decir que todas ellas tienen el sello de la inteligencia, y todas tienen una ejecucion perfecta. Los últimos cuadros de M. Delaroche arrebatado á las artes en toda la fuerza de la edad, del talento y de la experiencia, están ahí para demostrar que su mérito en vez de debilitarse, parecia aun en via de progreso: *Jesus expirando en la cruz*; — *Bonaparte atravesando el monte de San Bernardo*; — *Tribunal de Maria Antonieta*; — un segundo episodio de los *Hijos de Eduardo* y los *Girondinos*. M. P. Delaroche era miembro del Instituto desde el año de 1832, y ha tenido la

suerte de formar algunos discípulos distinguidos como los señores Jalabert, T. Couture, Jacquemart y Cavelier, escultores; Lándelle, Roux, Jalabert, Yvon Marc, Harmitage, pintor inglés, Vidal, Gerome, Hamon, Herbert, Jaley, Barre, grabador; Cham. — Habia cerrado su estudio hará unos diez años, pero sin embargo, nunca cesó de apoyar con su influencia á los jóvenes artistas que permanecian bajo el imperio de sus consejos. Los visitaba de tiempo en tiempo y solia recibirlos en su propia casa. Su posicion independiente, su reputacion considerable, su carácter firme y digno, imponian mucho á los artistas que le sometian sus ensayos en el arte. Despues de dictar correcciones relativas únicamente á los puntos prácticos, el maestro solia hacer reflexiones sobre el arte, sobre la historia, el genio, el temperamento y los procedimientos de los pintores célebres. Su palabra era fácil y prudente, sus ademanes sobrios y severos.

He aquí algunos fragmentos de sus conversaciones ordinarias, que podrán dar una idea exacta de sus principios.

La admiración de los maestros, excelente en su principio, es á menudo funesta en sus efectos. Raro es que no altere en nosotros la originalidad. Cuando Lesueur conservó su propio genio, es decir, en tanto que no conoció á Rafael, le vemos con otra grandeza que en el tiempo en que el grabado le dió á conocer las obras del maestro italiano.

Rembrandt, hombre de una impresion siempre libre y viva, es con todos sus defectos, uno de los mas grandes, acaso el mas grande de todos los pintores. La menor de sus aguas-fuertes nos hace encontrar frios los dibujos de Rafael.

La pintura histórica y aun la de género exige del artista mucha penetración de espíritu, una verdadera fuerza psicológica. ¿Cómo el pintor lograria comprender y ejecutar con finura, con energía, los personajes de una época, si no tuviera en sí mismo la alta facultad de analizar profundamente todos los caracteres? El modelo vivo que se coloca estupidamente delante de él, no podria darle la menor idea de la expresion de un grande hombre; el modelo vivo solo está allí para fijar á nuestra vista las formas brutas del cuerpo humano. El pintor tiene que transformarse alternativamente en Carlo-magno, en Cromwell, en Napoleón, etc.

Se necesita mucha atención, mucha paciencia y mucho gusto para elegir un asunto, mucha energía y mucha precisión en la combinacion dramática, para producir efecto sobre el espectador. Un número crecido de personajes es nocivo al efecto dramático de un cuadro; la atención del espectador se divide y se debilita extendiéndose á la vez sobre muchos actores.

La pintura moderna está en el deber de hacer manifestar á la naturaleza humana la idea y la pasion con poco movimiento y poca accion física. La antigua tradicion busca principalmente sus efectos en la accion; hoy deben buscarse en la expresion de la fisonomía.

Evitemos los asuntos gastados. Hé aquí un magnifico asunto: Neron regocijándose con la muerte de su madre Agripina, encierra en sí toda la emocion, todo el horror que pueden imaginarse. — Otro asunto excelente: En la Vida de los Santos leemos que una jóven, hija de una noble familia romana seguía secretamente los preceptos del cristianismo. Sorprendida en su culto misterioso, culpable á los ojos de la ley es condenada á los lugares infame. El pintor deberia escoger el momento en que dos hombres groseros queriendo satisfacer sobre ella su pasion se ven contenidos por un ángel que baja de los cielos.

Otro tipo muy digno de llamar la atención del pintor es Luis XI, una de las figuras mas grandes de nuestra historia. En vez de ver en él ese tirano de melodrama, cruel, reservado, siempre pronto á llamar al verdugo Tristan para una ejecucion, se debe considerar al hombre político de genio que diezmó atrevidamente á la nobleza federativa para fundar la unidad de la Francia: es preciso tener siempre en cuenta el sentido verdadero de la historia y entrar en la intimidad real de los grandes hombres, si se quiere ser en pintura algo mas que un obrero ignorante y vulgar.

Por la práctica muy atenta del retrato se llega á la inteligencia positiva de los tipos históricos. En el retrato de un simple particular, hallaréis á la vez los rasgos salientes, las preocupaciones dominantes; en un tipo histórico buscaréis la expresion de la idea que ha gobernado un siglo. La imaginacion del público ve siempre al emperador grave, inmóvil y pensativo; á Ney con la espada en la mano, á M. Guizot en su gabinete ó en la tribuna. El pintor de retratos debe desconfiar de sus propios caprichos, debe someterse al verdadero carácter del modelo, pero dándole siempre el mayor grado de nobleza posible. Los accesorios de un retrato acaban á veces de darnos á conocer un personaje.

Es preciso variar mucho el mecanismo de ejecucion, dibujo, composicion, efecto de colorido, segun la naturaleza del asunto, y dar á todos los cuadros un aspecto agradable á la vista. Los antiguos maestros son uniformes en sus medios y á veces exclusivos: uno presenta siempre la misma combinacion de líneas, otro los mismos efectos de paleta. Podria decirse que el Ticiano no ha hecho mas que un cuadro, todos los Rubens se parecen. Yo he querido establecer tanta variedad en la eleccion de mis asuntos como en la manera de ejecutarlos. El público no siempre ha distinguido mis ideas, pero con el tiempo lo comprende todo. A. D.

Revista de Paris.

Anúnciase que este invierno la diversion favorita en los salones de Paris será la comedia casera. Bueno es variar un poco los placeres. No hay duda que la polka, la contradanza y el wals han envejecido así como esos eternos conciertos al piano que son como si dijéramos un castigo cruel impuesto al dilettantismo parisiense; ahora tendríamos pues, las representaciones teatrales con todas sus variedades desde la tragedia hasta la pantomima, desde la grande ópera hasta la humilde zarzuela en un acto. Con este fin se construyen ya teatros en muchos salones, y las señoras á

la moda no piensan mas que en decoraciones y trajes. No obstante, su primer cuidado debe consistir en la formacion de la compañía, asunto gravísimo en esta época en que el amor propio y la vanidad individual no conocen límites. Cuéntase que en tiempo del primer imperio, Talma fué llamado una vez por una señora de la corte para tomar parte en la representacion de una tragedia con los aficionados de su casa; el gran actor accedió gustoso al deseo de la dama, pero no encontrando entre aquellos actores improvisados ninguno que quisiera tomar un papel de segundo orden, hubo de concluir por decirles:

— Señores, repártanse Vds. los primeros papeles, yo tomaré el último.

Este orgullo feroz es tradicional en los cómicos caseros. Lo que sucedia en tiempo de Talma sucederá en el dia, sobre todo si se trata de aficionados de elevada alcurnia. Y si esto es verdad respecto de los actores ¿qué no será respecto de las actrices? Primeramente ¿quién se encarga de hallar una dama que consenta en salir al tablado con una peluca de cabellos canos y arrugas en el rostro aunque sean pintadas? Solo las niñas traviesas son capaces de tanto valor, esto es, las niñas de trece á catorce años,—pero esto tampoco es posible, pues á ello se oponen las mamás, que todas ambicionan los papeles de damas jóvenes, en atención á que el contraste ofrecería algo de singular y epigramático.

Hé ahí, el gran escollo de estas sociedades: los actores quieren figurar siempre en primer término: este acepta el papel de protagonista en una pieza, pero no consentirá en salir en otra con una carta; otro quiere hacer siempre de gracioso, otro haria un papel de criado, pero se resiste á sacrificar sus bigotes, y en cuanto á las mujeres todas se hallan unánimes en rechazar los papeles que no requieran juventud, gracia y hermosura, dotes que poseen todas. Comprendiendo esta multitud de inconvenientes invencibles con que se tropieza al querer formar una compañía de aficionados, hay sujetos que en vez de dirigirse á sus amigos, andan en busca de artistas de profesion para llevar adelante la idea de dar representaciones teatrales en sus casas; estos aciertan seguramente y sus funciones cobrarán fama en Paris, en tanto que las de los primeros podrán muy bien quedarse entre bastidores.

El mundo elegante no ha olvidado todavía un embajador de la Sublime Puerta que hace dos años dió en Paris fiestas asombrosas. Sobre todo su último baile, el baile de despedida está presente aun en la memoria de los parisienses, porque nunca se vió mas lujo, ni tantos brillantes. Vely-baja (este es el nombre del ex-embajador) se encuentra hoy á la cabeza del gobierno de Candia, circunstancia que ignoraríamos probablemente si en calidad de tal no hubiera segun dicen, cometido cierto delito, por el cual está llamado á defender ante el tribunal de la Europa su reputacion gravemente comprometida. Un periódico de Brusélas titulado « el Norte, » acusa á Vely-baja de haberse llevado una jóven francesa de quien estaba enamorado con delirio y que habia consentido en vivir encerrada en el haren del opulento mahometano. Ahora bien, segun el mismo periódico, la historia que hasta aquí no presenta un carácter demasiado alarmante, acaba de tener un desenlace trágico. Parece ser que la jóven parisiense desconociendo los usos y costumbres del haren, habia predicado allí ideas subversivas y habia querido introducir entre sus compañeras de cautiverio las máximas de libertad que en nuestras tierras occidentales hacen las delicias de tantas mujeres. En suma, llegó á poner el haren en estado de abierta rebeldía, y el bajá para pacificar el motin no halló otro remedio que el de mandar que cortasen la cabeza á la sultana revoltosa, en virtud de la antigua costumbre oriental que zanja de este modo terrible tantas cuestiones. Esta es la version del periódico belga, pero ahora debemos añadir que Vely-baja ha declarado que no hay una palabra de verdad en tan sangrienta historia, y ha entablado contra el diario en cuestion una demanda de calumnia. La causa se fallará en Brusélas próximamente.

Volviendo á Paris y á los acontecimientos de la semana, vamos á citar un rasgo de galantería por parte de un agente de cambio, que consignamos aquí como una excepcion, pues la afabilidad y la cortesía están reñidas con el trato y costumbres de los hombres de Bolsa.

Una señora jóven, vestida de negro, de aire distinguido y muy bonita, se presenta en casa de un agente de cambio de Paris que la recibe con muchos cumplimientos en su gabinete. La jóven toma asiento, alza su velo, descubre su lindo rostro y dice al funcionario público con mucha gracia y zalamería:

— Caballero, soy la señora de M. R... banquero que Vd. conoce, y vengo á proponer á Vd. un negocio que me interesa mucho.

A la vista de la hermosa de la dama, y al oír pronunciar el nombre de M. R... el agente de cambio se inclina cortesmente y responde:

— Diga Vd. lo que tenga que mandar, desde luego me ofrezco á servirla.

— Quizá no ignora Vd., caballero, que mi marido, á pesar de toda su fortuna me impone una economía extraordinaria, hasta ridícula, cuando se trata de gastos de tocador; no puede Vd. figurarse lo cansada que estoy de pedirle dinero todos los dias, dinero que me niega siempre, y si me enfado me contesta con injurias.

— ¡Oh! es una crueldad sin ejemplo, inconcebible, por parte de un hombre tan acaudalado.

La jóven continúa:

— Y esta conducta es tanto mas extraña cuanto que mi marido se empeña en que yo frecuente los salones, y ya sabe Vd. el lujo que hay en toda reunion de gente rica.

— Lo sé muy bien.

— Y crea Vd. que no soy exigente, prosigue la dama, no pido cacajes y diamantes, pero en fin una persona de gusto tiene caprichos de vestidos y sombreros que pueden sa-

tisfacerse á poca costa... Pero ¡ay Dios mio! estoy incomodando á Vd. con los pormenores de mi vida íntima...

— Nada de eso, señora mía, la historia me interesa sobremanera.

— Hé aquí pues, el motivo de mi visita; mi marido recibe en su casa muchos amigos que como él viven en los negocios y arman unas conversaciones sobre la Bolsa que me fastidian en extremo; pero al cabo es una especie de tiranía disculpable hasta cierto punto.... en fin voy al caso: ayer noche mi marido de acuerdo con M. X... resolvió comprar hoy dos mil acciones del ferro-carril de Orleans, y no necesito consultar á Vd. para presumir que una compra tan considerable hará subir mucho las acciones de esa línea. Vengo pues, á suplicar á Vd. que compre para mí veinticinco, y á fin de que no abrigue Vd. ningún temor en caso de pérdida, hallándome como estoy bajo la tutela de mi marido, traigo aquí dos mil francos que le servirán á Vd. de garantía.

— Señora, contesta el agente de cambio, compraré las veinticinco acciones de Orleans que Vd. me pide, pero no aceptaré su dinero. Y ahora me permitirá Vd. que salga, pues llega la hora de la Bolsa... vaya Vd. sin cuidado que no dejaré de comprar las acciones.

— ¡Cuán agradecida quedaré á Vd.!

— ¡Qué locura! el agradecimiento debe estar de mi parte, exclamó el agente tomando una mano á la señora que besó con respeto... Ahora, añadió, lo que se necesita es que las veinticinco acciones produzcan lo bastante para que pueda Vd. satisfacer los caprichos de entrada de invierno; con que hasta la vista, señora mía.

Compradas las veinticinco acciones de Orleans, ganaron en pocos dias veinte pesos por accion, lo que produjo un beneficio de unos quinientos pesos. En este intervalo el agente de cambio, complacido con el recuerdo de su jóven y hermosa parroquiana, habia ponderado sus gracias á un banquero amigo suyo, que la conocia.

— ¿Qué está Vd. diciendo? exclamó el amigo, conozco pocas mujeres tan feas como la señora de R...

— ¡Cómo! ¿No es una mujer jóven y bonita tiranizada por su marido?

— Le digo á Vd. que es casi una vieja con los ojos verdes, pequeñita, voluntariosa, y que por el contrario, gobierna á su marido. En su casa reina una economía extremada, y aunque su marido haya ganado mucho dinero, ella por su parte ha contribuido bastante á su fortuna.

— Mil gracias, respondió el agente de cambio.

Al siguiente dia de la liquidacion, recibió á las doce en punto la visita de la hermosa dama; y despues de cerrar cuidadosamente la puerta de su despacho, la suplicó que tomara asiento y la habló de este modo:

— Tengo el gusto de anunciar á Vd. que su pequeña operacion ha producido un beneficio de quinientos pesos que aquí están.

Y en efecto puso sobre la mesa esa suma en billetes de banco.

— Me firmará Vd. un recibo, añadió, pero como la cuenta de liquidacion está á nombre de M. R... me hará Vd. el favor de poner el apellido de su señor esposo.

La jóven tomó la pluma y se disponia á firmar cuando el agente detuvo su mano.

— Cuidado con lo que hace Vd., la dijo; si por casualidad hubiera una suposicion de persona y una firma falsa, el asunto podria tener para Vd. las consecuencias mas fatales.

Al oír estas palabras la jóven se conmovió, se puso pálida, y luego tomando las manos del agente de cambio, exclamó con voz suplicante:

— Caballero, por Dios no me pierda Vd., no he firmado ni firmaré.

— ¿Quién es Vd.? preguntó con severidad el funcionario; este es un engaño de los mas criminales.

— ¡Ay señor! repuso, soy la doncella de la señora de R... ¡Veo continuamente tan bonitos vestidos, tanto lujo en la casa!... he cometido un pecado de envidia, es toda mi falta, perdóneme Vd.

— ¡Oh! no, la tentativa es mas culpable de lo que Vd. cree, solo la juventud puede servir á Vd. de disculpa. Aquí tiene Vd. la mitad del dinero ganado que llevará Vd. á una casa de caridad en su nombre, y cuando me traiga Vd. el recibo, la entregaré lo restante. Deberia ser mas severo, pero cuento con que la leccion la corregirá en lo sucesivo. Y tomó su paletó y se fué á la Bolsa.

— ¡Qué lástima decia para sí; es bonita, pero es una ladrona.

La indiscrecion, ciertamente culpable, de esta jugadora intrusa, produjo esta vez un buen resultado, pero hé aquí otra basada en el mismo origen, aunque esta puede invocar el beneficio de circunstancias atenuantes, que tuvo un éxito muy distinto. Por lo demás ambas caracterizan muy bien la moralidad y el espíritu de la época singular en que vivimos.

Un jóven que mantiene relaciones de amistad con uno de los banqueros de mas influjo de Paris, se encontraba hace algunas semanas en el gabinete del ilustre millonario. Este salió un momento y los ojos de nuestro jóven se fijaron, sin duda por casualidad, en un fragmento de carta principada, que era una orden del banquero á su agente de cambio para que le comprase 300,000 francos de renta.

Celebrando haber sorprendido así el secreto de su opulento amigo, el jóven indiscreto corre inmediatamente á la Bolsa y manda comprar una cantidad considerable de papel del 3 por ciento.

La renta sube aquel dia aunque muy poco, pero al dia siguiente sucede lo contrario y la baja continúa durante un mes, tanto que de plazo en plazo nuestro hombre se halla al cabo y al fin con una deuda de unos veinte mil pesos, cantidad que no podia pagar sin comprometer gravemente su fortuna.

En tal apuro el infortunado vuelve á casa de su amigo y

le suplica que le ayude á pagar esta deuda apremiante.
— ¡Cómo! le dijo el banquero; ¿ha perdido Vd.? me alegro, la curiosidad castigada.

— ¿Sabe Vd.?...

— Ciertamente; creyó Vd. reconocer mi juego y se echó la cuenta de que ya tenía en la mano la fortuna. Ha de saber Vd., amigo mío, que cuando nosotros compramos ostensiblemente 300,000 fr. para que la renta suba cinco céntimos, es porque tenemos que vender cuatro ó cinco millones, aunque luego baje cincuenta céntimos; enseguida nos cubrimos y es negocio ventajoso, para el que le entiende.

El joven incauto oyó estas explicaciones con asombro, confesó que tenía bien merecida tan dura lección, y se preparó á pagar su deuda con sus propios recursos.

MARIANO URRABIETA.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

GUILLERMO BLEST GANA.

(Conclusion.)

Obligado Blest por el estado de su salud á viajar de una provincia á otra, en sus constantes excursiones jamás perdió el tiempo; compuso varias piezas de corto aliento, como dicen los franceses, y también una leyenda nacional intitulada «Dos mujeres,» de la cual apenas hemos leído la primera parte, que fué publicada en el tomo segundo de la *Revista de Santiago*.

En 1884, dió á luz un tomo de poesías líricas, en el cual se encuentran bellísimas composiciones. Hoy colabora en la *Revista* ya citada, en cuyas columnas publica interesantes artículos bajo el epígrafe de «Viajes á todas partes.» En nuestro poder están algunas de sus poesías inéditas, entre otras una larga leyenda que lleva por título «La flor de la soledad.» No estamos autorizados para transcribir ninguna de sus dulces estrofas; mas tarde podremos hacer un análisis de ella.

La poesía de Blest «El junco y el ciprés,» tiene lo que llaman los italianos *conceito*. Los pensamientos que dan ser á esa pieza, están cabales, son de buena ley; en pocos versos, dos ideas bien expresadas, limpiamente presentadas, sin ampliarlas, sin *desleirlas* como se ha puesto de moda por los que están pobres de ideas y ricos de palabras. Dice así esa composición:

Al lúgubre Ciprés, con triste acento

El Junco melancólico decía:

¡Ah, qué fatal destino!

Yo me alcé tan alegre, tan contento

Cuando la aurora vino,

Y ora sin fuerza ya, sin energía

Sobre mi tallo débil me reclino

Y me siento morir... ¿porqué la suerte

La vida te da á tí y á mí la muerte?

Y el Ciprés respondía:

El dolor es eterno, la dicha dura un día.

— En tí simbolizaron la tristeza

Los hombres, dijo el Junco, en mí el anhelo

De los que aman y esperan.

¿Cómo es que nunca doblas tu cabeza,

Ni tu color alteran

Las lluvias ni los vientos? — Para el duelo

De aquellos que de todo desesperan

Hay un solo color, dijo el Ciprés,

Y si tú nunca doblegar me ves

Mi cabeza hácia el suelo,

Es que desprecio al mundo y miro solo al cielo.

Las estrofas al «Pájaro viajero» no dejan de tener oportunidad en boca de un poeta forzado á hacer viajes constantes, por causa de su salud, y que por todas partes llevaba en el corazón un profundo sentimiento de tristeza:

Por el espacio errante,

Sin norte ni sendero,

¿Qué buscas, pobre pájaro viajero?

La tierra está distante,

Y su manto de duelo

La noche tiende sobre el vasto cielo.

¿Qué quieres? no has dejado

Tu nido en la ribera?

¿Qué buscas, pues, en la azulada esfera?

Me pareces cansado;

Mas sigues tu camino,

¿Es vagar solitario tu destino?

¡Tienes tal vez pesares,

Y vas solo á llorar!

Ay! también ando léjos de mi hogar

Errante por los mares

Sin norte ni sendero,

Como tú, pobre pájaro viajero!

En las octavas á «La Trinitaria,» hay armonía en la versificación, delicadeza en algunos de los pensamientos. Dice así:

Como virgen que perdiera

La prenda de su ternura

Con tu enlutada hermosura

Te muestras, misera flor,

Como la luna en el cielo,

Tú en el jardín, Trinitaria,

Vives triste y solitaria

Como el que llora un amor.

Para tí es vano del aura

El casto beso inocente,

El murmullo de la fuente,

De las aves el cantar;

Ni te agrada el sol hermoso

Que te acaricia y colora:

Solo el llanto de la aurora

Logra tu pena calmar.

Ese tinte amarillento

Que en tu cáliz se presenta,

¿La palidez representa

Del que sufre la aflicción;

O bien el puro destello

De la esperanza dichosa,

Que esmalta, cual flor hermosa,

El verjel del corazón?

No lo sé: pero la mente

Recuerda amargos dolores,

O bella historia de amores

Al mirarte en su jardín;

Y aunque apenas te levantas,

Siempre la mirada inquieta

Del amante ó del poeta.

Te busca y encuentra al fin.

Al verte el que ausenta llora,

Aspira con grato anhelo

Un perfume de consuelo,

En tu cáliz bienhechor;

Y al contemplarte la hermosa

Que enamorada suspira,

El grato bálsamo aspira

De un pensamiento de amor.

En sus cuartetas asonantadas á la «Poesía,» hay algo de vago, de dulce, de verdaderamente poético. Veámoslas:

Hay una poesía dulce, tierna,

Melancólica, vaga, misteriosa,

Que nadie ha escrito, y que tal vez ninguno

Podrá jamás copiar en sus estrofas.

Son cantos sin palabras, armonías

Del himno universal, que el mundo entona

Cuando en ocaso las postreras luces

Su puesto ceden á las pardas sombras.

Vive en las luces que en ocaso expiran,

Blanda murmura en las tranquilas olas,

Vaga en los ayes de la brisa errante,

Y en las riberas solitarias mora.

Es un cantar indefinible y vago,

Mezcla confusa de indecisas notas

Que el alma entiende, y que despierta en ella

De su ignorada patria las memorias.

Comprende el corazón ese lenguaje

Que en sueños melancólicos le arroba,

Mientras recuerda sus perdidos bien es,

Y dulce llanto de los ojos brota.

Yo, desde niño, con afán buscaba

Las apartadas playas donde á solas,

Mecido por quiméricos ensueños,

Escuchaba los cantos de las ondas.

Y ahora también cuando la luz declina

Pláceme oír desde elevada roca

Esos cantares que mi angustia calman,

Hablando al corazón de sus congojas

Si una esperanza de ventura queda,

Ellos le prestan su sonora pompa;

Si una desgracia irreparable sufre,

En tardos sonos con su llanto lloran.

Un ser acaso indefinible y tierno,

De simpática esencia misteriosa,

Para alternar con el linaje humano

Ese lenguaje melodioso adopta.

Es el amigo, confidente mudo

De esa sentida pero oculta historia

De nuestro pensamiento, que nos habla

En su armonioso pero triste idioma.

Con placer melancólico al oírlo

Me late el corazón, y el alma rotas

Las prisiones que al mundo la encadenan,

Libre por el espacio se remonta.

Y es algo entonces de ese todo inmenso,

De esa alma universal, que vaga armónica

Entre los pliegues de la brisa errante,

Y de la mar en las sonantes olas.

En su «Respuesta,» Blest responde guardando su secreto; la respuesta se quedó en el título, pero no alcanzó á los versos. La composición no deja de tener mérito: hay en ella fluidez, y la conclusión es bastante feliz. La copiaremos:

¿Quieres saber qué causa la tristeza

Que cubre mis facciones, la tibieza

De mi vago mirar, mi indiferencia

Y mis locos arranques de impaciencia?

Es algo de muy vago; es el gemido

Que habla de un sentimiento ya perdido;

Una sencilla pero triste historia

Que me toca á mi solo; una memoria

Que guardo entre mis muertas alegrías

Como el cadáver de mis bellos días!

Es un sueño, un poema de tormento,

De embriaguez y de amor, que el sentimiento

Entre escombros de penas y placeres

Grabó con indecibles caracteres

Aquí en mi corazón; es un sonido

Por los ecos de mi alma repetido;

Es algo dulce y tristemente bello,

De un sol ya muerto en el postrer destello:

Es en fin, un recuerdo de otros días

Que sobre mis pesares y alegrías

Proyecta negras sombras, y á medida

Que adelanto en la senda de la vida,

Mas la imprime en mi marchita frente,

Como cuando está el sol en Occidente

La montaña que sirve de barrera

Enluta con sus sombras la pradera.

Hay otras varias composiciones de Blest que contienen hermosas estrofas, tales son: «Un Paisaje» — «Ilusion» — «La Cadena» etc. Esta última poesía, sobre todo, tiene felicísimos arranques; hay en ella versos cadenciosos y que expresan nobles pensamientos sobre la libertad y el porvenir de los pueblos; también, es cierto, contiene algunas ideas que no son las nuestras: si las reformas liberales emprendidas por el actual pontífice, no se mantuvieron ni se completaron, fué á causa de los anarquistas, que en todas partes retardan los triunfos de la libertad. Vivimos, sin embargo, en una época de progreso, en que los derechos y prerogativas del individuo y de la sociedad se han demostrado hasta la evidencia. Los pueblos saben bien lo que se les debe, los reyes ven claramente que esos pueblos comprenden la posición que están llamados á ocupar: así, no tardará el día del completo reinado de la libertad en el seno del orden y de la justicia, y alcanzado sin necesidad de turbar la paz. Podemos, pues, exclamar con Blest:

Es nuestro el porvenir y la victoria!

Pueblos del universo, gloria, gloria!

En las poesías de Blest, no dejan de notarse algunas incorrecciones; se hallan usadas con frecuencia algunas palabras que no encuentran el apoyo de escritores notables que les consignan su carta de naturaleza en la lengua castellana: tal es, por ejemplo, la palabra *emotion*, que todo buen literato mira de mal ojo. Hay también alguno que otro verso defectuoso, como aquel de la poesía «Tú no me olvidarás», que dice así:

Yo no lo arrojaré á tu blanco seno.

Las poesías de Blest tienen bastante sentimiento, pero les falta á veces fuego, animación. En algunas composiciones el poeta se exhibe meditativo y pintoresco como Wordsworth y Coleridge. Blest ha entrado ya en esa segunda época de la vida del poeta en que sin perder la frescura y esa especie de abandono mezclado de inexperiencia de la primera edad, se adquiere, como observa un escritor francés, mas firmeza, mas profundidad, mayor madurez. Romances como el pequeño sobre *la muerte de Lautaro*, y poesías como «La Cadena,» «El ramo de violetas» y la fantasía «El Peregrino,» auguran lo mucho que tiene que esperar de Blest la literatura americana. La poesía citada «El Peregrino,» es tal vez la mejor pieza que contiene el libro del poeta chileno; el *Dolor* y la *Esperanza* se encuentran, y tienen un pequeño diálogo lleno de interés. Al lado del dolor debe ir siempre la esperanza, principalmente la esperanza que toma sus resplandores de la fé. Por ser algo larga esa poesía, no la hemos transcrito, pero la recomendamos.

La poesía de Blest casi nunca rie, sino que suspira ó llora; es triste, pero de una tristeza apacible y que hechiza. Frecuentemente en materia de versos como de música, lo sentimental habla mas al corazón y al alma del que lee ú oye. Un poeta francés ha dicho con mucho acierto:

«Lire des vers touchants, les lire d'un cœur pur,
C'est prier, c'est pleurer, et le mal est moins dur.»

J. M. TORRES CAICEDO.

Paris, 1856.

Tipos y fisonomías del ejército de Oriente.

M. Durand-Brager que ha enriquecido las columnas de nuestro periódico con tantas escenas militares, dibujos topográficos y vistas pintorescas, copiadas del natural durante la guerra, ha recogido también varios estudios de los que hemos tomado ya algunas muestras y que todavía nos suministrarán algunas mas. Así con ayuda de su álbum y de las notas que acompañan á sus dibujos, podremos completar la historia de esa campaña célebre.

«En los caminos que conducían á los campos, dice el autor, se encontraban á menudo batallones recién desembarcados que se paraban á descansar algunos instantes.

»Estas nuevas tropas tenían un aspecto particular; se veía en ellas el desorden propio de una larga y penosa travesía marítima, pero no tenían el glorioso carácter de las tropas de sitio y del ejército de observación. Los recién llegados miraban con curiosidad todo aquel panorama movido y oían con avidez el cañón de la plaza y de las baterías, cuya humareda blanquecina aparecía sobre las colinas próximas; algunas bombas que estallaban en el aire venían á provocar sus dichos soldadescos. Pero pronto se ponían todos en marcha en confusión con los carros cargados de municiones y de paja.

»Mas hé aquí un cortejo triste y silencioso ante el cual todos se detienen para no estorbar su marcha: es un convoy de heridos y de enfermos que exhalan quejidos sordos y esos lamentables suspiros que solo se oyen en los hospitales de sangre. Cada cual busca en



Tipos y fisonomías del ejército de Oriente. — Convoy de enfermos y de heridos.

esos rostros macilentos, ó abrasados por el ardor de la fiebre, las facciones de un amigo, de un camarada que quizás no volverá á ver más, y todos se descubren con respeto. — Esas nobles víctimas de la guerra en cuanto llegaban á Kamiesh eran embarcadas inmediatamente con dirección á Constantinopla.

» Ya estamos en la línea de los campos, línea que principiaba á la extremidad de la bahía de Skeleska, y se extendía desde allí hasta el extremo de las mesetas de Inkermann. Por todas partes se descubren tiendas en muchas líneas; las del ejército de sitio agrupadas en las cuestas de dos altas colinas que vienen á reunirse hácia la izquierda á cosa de una milla delante de la casa del general Forey y continúan por la derecha hasta las alturas detrás de la casa de los Zuavos contra-fuerte del barranco de los Ingleses, donde terminaban en el campo de los marinos desembarcados para el servicio de las baterías.

» Las tiendas del ejército de observación principiaban á la derecha de la misma casa del general y se dirigían hácia la meseta de Inkermann; la caballería estaba acampada cerca del cuartel general y al extremo del barranco de los Ingleses enfrente del campo de la marina inglesa. El cuartel general de la artillería de sitio estaba cerca del campo de los marinos un poco detrás y á media distancia del cuartel general.

» Todos esos campos se hallaban establecidos del modo mas ventajoso posible, habiéndose conciliado en su formación la sanidad de las tropas con las necesidades del servicio; apresurémonos á atravesarlos para llegar á las trincheras y á los trabajos de sitio.»

Efectivamente la vista de las trincheras y de las obras de sitio nos darán materia para otro artículo; pero entretanto, vamos á extraer un documento oficial publicado por el gobierno francés que llenará aquí el doble objeto de completar las extensas noticias que hemos dado sobre la guerra de Oriente y de poner en evidenacib

los grandes sacrificios que ha hecho la Francia para vencer en esa lucha gigantesca.

El documento en cuestion es un informe del mariscal Vaillant sobre el movimiento militar y marítimo del personal y material del ejército de Oriente, dirigido al Emperador, que hizo preceder su publicacion de la siguiente carta al mismo ministro fechada en Compiègne el 22 de octubre de 1856.

« Mi querido mariscal:

» Los servicios mas útiles no son siempre los mas brillantes. El ministro hábil é infatigable que se ocupa día y noche en su gabinete en organizar 600,000 hombres y asegurar á un ejército de 200,000 todo lo que ha

de darle el medio de vivir, de combatir y vencer sobre una tierra sin recursos á 800 leguas de la Francia: este ministro, digo, tiene un mérito cuando ménos igual al del general que triunfa sobre el campo de batalla. « Si la patria debe confundir en su gratitud al que prepara la victoria por medio de elementos reunidos á tiempo, y el que la alcanza por medio de medidas adoptadas sobre el mismo terreno.

» Por eso, mi querido mariscal, al ordenar la insercion en el *Monitor* del notable informe que me habeis dirigido, he querido hacer al público juez de los servicios cuya importancia toda yo soy conocia hasta aquí.

» Recibid, mi querido mariscal, la seguridad de mi sincera amistad.

« NAPOLEON. »

De este informe resulta que la Francia ha enviado á Turquía 309,268 hombres y 41,974 caballos.

El total de los hombres que han vuelto es de 210,039, lo cual da una pérdida de 69,229 hombres muertos.

El total de los militares que han vuelto aisladamente en virtud de licencia ó por convalecencia, ha sido de 65,069; el de los primeros regimientos llamados, de 20,390 hombres. El día que se firmó el tratado de paz, el ejército de Oriente se componía de 146,240 hombres, de los cuales 120,476 en Crimea, y 25,764 en Turquía, y de estos últimos 10,448 en los hospitales.

Los muertos desde la firma del tratado de paz hasta el fin de la evacuacion, de resultas del cólera y el tífus, han dado la suma de 4,564. De consiguiente han vuelto á Francia desde la firma del tratado de paz 140,676 hombres.

De 41,974 caballos no han vuelto mas que 9000; los restantes han sido cedidos al gobierno turco.

El material de guerra era considerable y consistía en:

1,676 bocas de fuego de todos calibres.
2,023 cureñas.
2,040 carros.
2.428,000 proyectiles.
4.000,000 de kilóg. de pólvora.



Soldados del tren en busca de raciones.

La cantidad de los proyectiles de sitio, balas de cañon, bombas, granadas, cajas de balas, era de 1 millon 159,320. La pólvora y las municiones confeccionadas para cañones formaban un total de 4.547,480 kil.

Cada pieza de campaña tenia una provision de 1,107 tiros.

Cada pieza de montaña tenia 600 tiros.

Cada hombre tenia 607 cartuchos.

Las 254 piezas de grueso calibre enviadas de Tolon cuando se reconoció que el material era insuficiente, estaban provistas de 1,500 á 1,600 tiros cada una.

Los cohetes de guerra daban un total de 6 á 8,000.

Como la defensa se prolongaba, el Emperador mandó enviar 400 morteros provistos cada uno de 1,000 tiros destinados á bombardear sin interrupcion.

Júzguese del efecto que habrian producido esos 400 morteros, pudiendo lanzar durante 20 dias y 20 noches mas de 830 bombas por hora, 14 por minuto, ¡como unas 400,000 bombas! Pero la plaza fué tomada ántes de su llegada, y solo entró en batería una parte.

Los polvorines han entregado 1.600,000 kilóg. de pólvora de guerra en 1854, y 3.250,000 en 1855, sin que se haya paralizado la fabricacion de pólvora de mina y caza.

El peso de ese inmenso material ha pasado de 50 millones de kilóg. 3 millones de tiros de pólvora, 70 millones de cartuchos, 270,000 cartuchos de cañon, 8,000 cohetes, han llegado á su destino sin el menor accidente.

El ejército francés estableció durante el sitio 118 ba-



Tipos y fisonomías del ejército de Oriente. — Carros de provisiones.

terias bajo el fuego enemigo y en un terreno erizado de obstáculos. Esas baterías han exigido el empleo de 800,000 sacos de tierra y 50,000 gabiones. Su armamento era de 620 bocas de fuego el dia del asalto, y han disparado 1.100,000 tiros y consumido mas de 3 millones de kil. de pólvora.

La historia no presenta ningun ejemplo de semejante consumo, y en el momento de la toma de Sebastopol cada pieza tenia aun de 8 á 900 tiros, y un nuevo material partia diariamente de Francia. Solo 40 bocas de fuego estaban fuera de servicio.

El material que ha vuelto ha sido de 50 millones de kil.; 38 millones de material francés, 12 millones de material ruso.

El abastecimiento del cuerpo de ingenieros en útiles

de mina establecidas en la roca, y algunas á 16 metros de profundidad.

El servicio de las subsistencias ha recibido 500,000 toneladas, de las cuales 50,000 han vuelto á Francia. En este servicio se han empleado 1,800 viajes de buques.

Se han enviado al ejército mas de 5 millones de objetos de vestuario y campamento; 7 millones de efectos de monturas.

El servicio de los hospitales era de 20,000 camas, 30,000 colchones; y la ropa é hilas de 300,000 kil.

Habia 110 cajas de hospitales de sangre que contenian cada una 2,000 vendajes. El servicio de los hospitales ha presentado un volumen de 6,430 toneladas.

El tren de los equipajes comprendia 41,000 hombres,

de toda especie era de 185,000 objetos, de 920,000 sacos de tierra, 8,000 empaalizadas, 50 caballos de frisa, 800 brulotes, 1,700 angarillas, 10 bombas para incendios, 250 escalas, 25 arietes, máquinas para humazos, etc.

El material rodado era de 622 piezas.

Las provisiones en madera de construccion y armazones, hierro, etc., sobrepujan toda idea.

El cuerpo de ingenieros ha ejecutado 80 kilómetros de trinchera en que ha empleado 80,000 gabiones, 60,000 faginas, 1 millon de sacos de tierra. Ha construido obras defensivas de 8,000 metros de desarrollo. Las líneas estaban formadas de un ancho parapeto precedido de un foso cortado en la roca y flanqueados de ocho reductos armados de cañones de grueso calibre. Se han hecho 6,000 metros de galerías



Alto de tropas.

J Worms

8,000 caballos ó machos y 2,000 carruajes, y representaba 8,000 toneladas.

Las pagas efectuadas en Oriente por 90 pagadores han consistido en 286 millones. La marina militar ha podido emplear en los trasportes 32 navios, 38 fragatas, 24 trasportes-mistos, 38 corbetas y avisos, total 132 buques.

El gobierno habia fletado además 66 vapores, 22 clipers y 1,198 buques de vela. Los trasportes efectuados han ascendido á 2,240,000 hombres, 45,000 caballos, 601,000 toneladas de material. La Inglaterra ha transportado por la Francia 38,000 hombres, 2,000 caballos y 66,000 toneladas de material.

El movimiento total de hombres, en ida y vuelta, ha sido:

Por la marina imperial.	274,000 hombres.
Por trasportes ingleses.	38,000 —
Por la marina mercante.	224,000 —
El de los caballos fué de.	50,974
El número de las tonel. de.	724,536

Esta ligera reseña, tomada de un mundo de guarismos, prueba suficientemente la grandeza de la empresa, los recursos de la Francia, y sobre todo su magnífica organizacion marítima y militar.

GERIFALTE.

Por CÁRLOS DE BERNARD.

(Continuacion).

— ¡Jurar en falso! dijo lentamente Bergenheim ¿ qué clase de mujer sois?

Clemencia permaneció largo rato ántes de poder responder; su respiracion era tan penosa que la ahogaba.

— Si habeis leído esas cartas, dijo al fin, habeis visto que no soy tan indigna como decís; soy muy culpable... pero todavía tengo derecho al perdón.

Quizá en este momento Bergenheim, si hubiese estado dotado de la inteligencia que comprende los misterios del corazón, habria podido reanudar todavía un lazo próximo á romperse; no sin duda porque hubiese debido esperar una rica cosecha de afecto legítimo en el campo donde habia florecido la cizaña del amor adúltero; pero si en adelante le era imposible crear una pasion de la que no nació su matrimonio, podia al ménos detener á Clemencia en una pendiente peligrosa, y armándose de las lecciones terribles de una media falta, salvarla de caídas mas irreparables.

Pero su naturaleza era demasiado vulgar para comprender las diferencias entre la flaqueza y el vicio, y la distancia que media entre la embriaguez de un alma ardiente y la depravacion de un carácter corrompido. Con la obstinacion propia de los hombres de poco entendimiento, llevaba todas las cosas á sus últimas consecuencias, y casi siempre concluía en lo falso y no en lo verdadero. Hacia algunas horas que la culpabilidad de su mujer se hallaba decidida en su mente, y esta opinion inexorable sirvió de base á su conducta. — Sus facciones continuaron impávidas en tanto que oía las palabras de justificacion de Clemencia.

— Sé que he merecido vuestro odio... pero si comprendierais lo que sufro, me perdonaríais... Me habeis dejado en París, muy jóven. sin experiencia... habria debido combatir mejor y sin embargo, he agotado todas mis fuerzas en la lucha... ¿Qué año tan fatal ha sido este!... pero en fin, no soy lo que llaman una mujer... perdida. El ha debido decíroslo.

— Seguramente, respondió el baron con ironía; ¡oh! teneis un amante leal y caballero.

— ¡No quereis creerme... repuso Clemencia con desesperacion; leed esas cartas!... las últimas, y veréis si se escribe así á una mujer culpable.

Y quiso tomar las cartas que conservaba en la mano su marido; pues este alzó el brazo, acercó el legajito á una luz y le arrojó encendido á la chimenea. Clemencia lanzó un grito y se precipitó á salvarle de la llama, pero el brazo de hierro del baron la cogió por medio del cuerpo y la contuvo sobre su silla.

— Comprendo que deseais guardar esa correspondencia, dijo con un tono ménos sereno que el que habia usado hasta entónces, pero deberíais mostraros mas prudente. Dejadme destruir un testimonio que os acusa; ¿sabeis que por esas cartas yo he matado á un hombre?

— ¡Dios mio! exclamó la jóven loca de desesperacion, pues no comprendí el verdadero sentido de estas palabras y creyó que eran aplicables á su amante; ¡oh! entónces matadme á mi tambien, pues miento cuando aseguro que estoy arrepentida. No me arrepiento, soy culpable, os he engañado; le amo y os aborrezco... matadme... ¡moriré diciendo que le amo!...

Y se habia arrojado de rodillas implorando con delirio su muerte.

El baron la levantó y la hizo sentar de nuevo á pesar de la resistencia que oponia. Durante algun tiempo apenas podia contenerla; Clemencia en el exceso nervioso que crispaba todos sus miembros, se torcia en los brazos de su marido presa de horribles convulsiones, y los únicos acentos que salian de su boca eran estas palabras repetidas con una voz sofocada y con la monotonía de la demencia:

— ¡Matadme, matadme, le amo!...

Este dolor era tan horrible que Bergenheim acabó por compadecerse.

— Habeis comprendido mal, la dijo, no es él quien ha muerto.

Clemencia se quedó inmóvil y silenciosa, y su marido por un sentimiento de compasion, la dejó y se volvió á su puesto. Así permanecieron largo rato sentados uno á cada lado de la chimenea; él con la frente apoyada en el mármol y ella inclinada sobre sí misma en su sillón y con el rostro oculto en sus manos, mas aislados en medio de su aposento nupcial que si un mundo entero los separase.

Un ruido agudo que resonó en uno de los balcones vino á interrumpir de repente esta escena triste y silenciosa.

Clemencia se levantó con presteza como si hubiera experimentado una conmocion galvánica; sus ojos extraviados se encontraron con los de su marido que salia tambien de sus lúgubres reflexiones con aquel incidente inesperado. Con su mano la hizo un ademán imperioso recomendándole el silencio y ambos se pusieron á escuchar con atencion y angustia.

El mismo ruido se repitió inmediatamente y esta vez acompañado de un golpe seco producido sin duda por el choque de un cuerpo duro contra uno de los cristales.

— Es una señal, dijo el baron con voz baja mirando á su mujer; debeis saber lo que significa.

— Os juro que no lo sé, contestó Clemencia, con el corazón palpitante por aquella nueva conmocion.

— Ese hombre está ahí y quiere deciros algo; levantaos y abrid.

— ¡Abrir! exclamó la jóven asustada.

— Haced lo que os digo; ¿quereis que pase la noche debajo de las ventanas para que le vea algun criado?

A esta orden pronunciada con voz severa Clemencia se levantó y se dirigió lentamente hácia la ventana donde se habia oido el ruido; apenas abrió los cristales cuando cayó al suelo una bolsita.

— Cerrad otra vez, dijo el baron; y en tanto que su mujer obedecia con la docilidad que la privaba de todo esfuerzo de voluntad personal, recogió la bolsa y sacó de ella el siguiente escrito:

« Os he perdido, cuando habria querido morir por vos. Pero mi dolor de nada sirve, toda mi sangre no podria enjugar una de vuestras lágrimas. Nuestra posicion es tan horrible que tiemblo hablaros de ella... Sin embargo, debo deciros la verdad... Clemencia, ¿me maldeciréis?... No, no es posible; dentro de algunas horas habré expiado mi amor, seréis libre. ¡Libre! perdonadme esta palabra, conozco cuanto tiene de odioso, pero estoy demasiado agitado para hallar otra. Suceda lo que quiera, debo poner á vuestra disposicion los únicos recursos que tengo en mi mano, para que al ménos podais elegir vuestro infortunio. Si no debeis verme mas, vivir con él será quizá un suplicio superior á vuestro valor porque me amais... En el caso contrario... aquí me faltan las palabras. No tengo ya expresiones para mis pensamientos, y no me atrevo á dirigiros ni consejos ni súplicas. Pero siento si la imperiosa necesidad de deciros que mi existencia entera os pertenece, que soy vuestro hasta mi última hora... La fatalidad impone á veces acciones que la opinion condena, pero que absuelve el corazón, pues solo el corazón puede comprenderlas. En breve quizá experimentaréis la necesidad de sufrir sola, y quiero aseguraros este triste derecho, si le reclamais; no os indignéis al leer esto, pues nunca palabras como las que voy á pronunciar salieron de un corazón mas desolado. Durante todo el día una silla de posta estará dispuesta detrás de la meseta de Montigny; una hoguera encendida en lo alto de la roca que podéis ver desde el balcon de vuestro cuarto os advertirá su presencia. En poco tiempo podréis llegar al Rhin, y una persona amiga os conducirá á casa de una de mis tias, cuyo carácter y posicion os aseguran un asilo inviolable y respetado. Si las personas de vuestra familia no os ofrecen una proteccion suficiente, el abrigo que os propongo os pondrá á cubierto de toda tiranía. ¡Allí al ménos podréis llorar!... Es todo lo que puedo por vos... Mi corazón se parte al pensar en esa impotencia de mi ternura... ¡Allí ni muriendo podré reparar el mal que os he causado!... ¡Tormento horrible!... ¿Comprendéis lo que debo padecer en este momento?... Después de largo tiempo vuestro amor era mi único anhelo, y ahora tengo que arrepentirme de haber visto su realizacion... Clemencia, ahora desearia que me amaseis con un amor perecedero como mi vida, á fin de que mi recuerdo no labre vuestro infortunio y que podais dormir sobre mi tumba... todo esto es tan triste que no tengo valor para continuar; ¡á dios, Clemencia!... Por última vez quisiera poder decir: ¡te amo! pero no me atrevo; me siento indigno de hablaros así, pues mi amor es reprobado, infame; ¿no soy yo quien os ha perdido?... La única palabra que me sea permitida aun es la que todo hombre, hasta el asesino, se atreve á dirigir á Dios con las rodillas y la frente sobre el mármol de la iglesia: Perdóname. »

El baron despues de haber leído entregó esta carta á su mujer sin desplegar sus labios y recobró su actitud sombría y meditabunda.

— Ya veis lo que os propone, dijo despues de una pausa observando el torpe asombro que manifestaban los ojos de Clemencia cuando recorrian el papel.

— Mi cabeza se halla en tal estado, respondió, que no sé si comprendo; ¿qué habla aquí de muerte?

El baron exclamó con desden:

— No se trata de vos, nadie mata á las mujeres.

— Ya mueren sin eso, contestó Clemencia mirando con terror á su marido.

Y un instante despues añadió con un acento cuya expresion no podria señalarse en ninguna lengua.

— ¿Debeis batiros?

— En verdad, ¡lo habeis adivinado! respondió sonriendo irónicamente; vuestra inteligencia es un portento. Pues así es; cada cual tiene su papel en este drama; la mujer engaña á su marido, el marido se bate con el amante, y el amante para cerrar la intriga propone un raptó á la mujer como estamos viendo en esa carta.

— ¡Batiros! exclamó Clemencia levantándose y con la energía propia del exceso de la desesperacion; batiros por mí, por una mujer tan indigna, ¡tan miserable!... Yo soy quien debe morir... ¿Qué habeis hecho? ¿Octavio no es libre de amar? Yo sola soy criminal, sola os he ofendido y sola debo morir; haced de mí lo que querais, encerradme en un convento, en una cárcel, dadme un veneno.

El baron se echó á reir con ironía.

— ¿Tanto miedo teneis de que os le mate? exclamó mirándola fijamente y con los brazos cruzados sobre el pecho.

— Temo por todos nosotros; ¿pensais que yo viviré despues que se haya derramado sangre por mi causa? Si exigis una víctima aquí estoy yo... por piedad, decidme que no llevaréis adelante vuestro propósito.

— ¿Quereis que os arrebaté la probabilidad de quedar libre, como dice vuestro Octavio?

— ¡Compadeceos de mí! murmuró la jóven estremeciéndose de horror.

— Es lástima que haya sangre, ¿no es verdad? repuso Bergenheim con una implacable ironía; sin eso el adulterio seria muy dulce. Seguramente veis en mí un hombre brutal y grosero porque mas que vos misma estimo vuestra honra.

— ¡Piedad!

— Tengo una gracia que pediros. — Mientras tenga vida sabré proteger vuestra reputacion, á pesar vuestro, pero si muero trataréis de conservarla con mas cuidado que hasta el día; contentaos con haberme faltado, no ultrajéis mi memoria. Me considero muy dichoso en este instante de que no tengamos hijos, pues temeria por ellos y me veria obligado á privarlos de su tutela; es un pesar de ménos. Pero como llevais mi nombre y no puedo arrancároslo, os suplico que no le arrastreis por el lodo cuando yo no esté en el mundo para lavarle.

A estas palabras la jóven se inclinó sobre su asiento como muerta y dijo débilmente:

— ¡Dios mio! esto es demasiado.

— ¡Demasiado! repitió el marido que gozaba en aquel momento el horrible placer de la venganza; sois jóven, estais en los primeros pasos y ya tomaréis el gusto á correr aventuras; tranquilizaos, á todo se acostumbra uno. Un amante sabe siempre encontrar razones muy bonitas para consolar á una viuda y vencer su repugnancia. En su carta principia ya; si quedais libre os hablará de la Italia, de la Inglaterra, de la América... ¿quién sabe? os dirá que en todas partes se vive, que si el crimen... ¡oh! no dirá el crimen... dirá la pasion, el amor oprimido... que si vuestra pasion es criminal en Francia, en otro país será permitida...

— ¡Esto es peor que mil muertes!... exclamó la jóven que permanecia casi sin conocimiento en su sillón.

Bergenheim se inclinó hácia ella y la tomó un brazo mirándola al mismo tiempo con ojos terribles.

— Si me mata mañana, la dijo, y os dice que le sigais, seréis una infame obedeciendo. Es un hombre que se envanece por todas partes con vuestra conquista... es hombre que os arrastrará consigo como una mujer perdida...

— ¡Piedad! ¡piedad!... ¡me muero!...

Clemencia cerró los ojos y una convulsion débil agitó sus labios. Al verla deslizarse del asiento, el baron sintió en fin que se ablandaba en él la crueldad vengativa que le habia dictado tales injurias. Despues de haber atormentado al alma sin piedad se conmovió en presencia del dolor físico. Aquella mujer inanimada que sucumbia bajo el peso de tanto desprecio, le hizo experimentar como un remordimiento, y comenzó á prodigarla atenciones con una especie de cariño. Sin que ella hiciera un solo movimiento, la desnudó y la llevó á su cama, y comprendiendo que en aquel estado no habia nada de peligroso, pues no era mas que un letargo causado por una sucesion de emociones extremadas, la dejó en cuanto la vió abrir los ojos y se volvió á su puesto junto á la chimenea. El resto de la noche se pasó sin ningun nuevo incidente. Al ver á aquel hombre sentado en silencio con la frente apoyada en sus manos, y á pocos pasos aquella mujer tendida con la palidez y la inmovilidad de la muerte, se habria adivinado una velada lúnebre. De tiempo en tiempo algun soplo lejano de la tempestad, ó algun gemido sordo que salia de la alcoba, interrumpian débilmente el silencio. El ruido de las horas que daban en el reloj de la chimenea, y que repetia un instante despues como un eco, el reloj del palacio, tenia tambien algo de sepulcral. Las bugias acababan de consumirse lanzando llamaradas desiguales como las de los hachones que alumbran un féretro, sin que el baron pensara en encender otras. Pero insensiblemente su luz se hacia inútil, pues en breve penetraron por las persianas los primeros rayos precursores del día. La claridad que ponía en relieve los muebles del aposento cambió de color; de amarilla se volvió cenicienta, y luego se fué aclarando á medida que la inundacion crecia.

Al propio tiempo la frialdad de la atmósfera anunció la aurora; el canto matutino de un gallo, luego los ladridos de los perros, y por último el concierto de los pájaros que se despertaban en el jardín, se oyeron sucesivamente: la noche estaba concluida y un nuevo día se levantaba, radiante sin duda para muchos, pero para otros amenazador y terrible.

Los primeros resplandores de la mañana alumbraban en aquel instante otra escena en el lado opuesto del palacio. Detrás de las colgaduras verdes de su alcoba, Marillac dormía hacia tiempo con el sueño más pacífico que un hombre puede tener en la tierra, cuando vino a despertarle de repente con un sacudimiento que estuvo a punto de arrojarle fuera de su cama.

— Vete al diablo, dijo con mal humor al distinguir a Gerifalte que se hallaba de pie á su cabecera.

— Levántate, respondió este tirándole del brazo para dar mas fuerza á su orden.

El artista se envolvió en las sábanas hasta la barba.

— ¿Te has vuelto loco? dijo enseguida, ¿ó quieres que trabaje ahora? añadió viendo que su amigo tomaba unos papeles. Ya sabes que en ayunas mi entendimiento está embotado, y que hasta el mediodía nada se me ocurre.

— Levántate inmediatamente, repitió Gerifalte, tengo que hablarte.

Octavio pronunció estas palabras con acento tan solemne, que Marillac, sin replicar ya nada, se levantó y principió á vestirse.

— ¿Qué sucede pues? preguntó poniéndose la bata.

— La levita y las botas, dijo Octavio, tienes que ir á la Halconería; como están acostumbrados á verte salir por la mañana para tus citas con la mozueta de la fonda y...

— ¡Cómo! ¿para eso me despiertas? interrumpió el artista principiando á desnudarse; entonces me vuelvo á la cama.

— Dentro de algunas horas saldré á batirme con Bergenheim, dijo Gerifalte á media voz.

— ¡Estupendo! exclamó Marillac dando dos pasos hacia atrás y quedándose inmóvil como una estatua.

Sin perder tiempo en explicaciones superfluas su amigo le dió cuenta en resumen de los sucesos de aquella noche.

— Ahora, añadió, te necesito; ¿puedo contar con tu amistad?

— Hasta la muerte, respondió Marillac, y le estrechó la mano conmovido.

— Esto, repuso Gerifalte entregándole uno de los papeles que tenía en la mano, es una nota para tí, donde hallarás mis instrucciones detalladas, que te guiarán según las circunstancias. — Entregarás este pliego sellado al tribunal de Nancy, si llega el caso prescrito y explicado en la nota que acabo de darte. — Por último, este otro papel es mi testamento; como no tengo parientes próximos, te nombro mi heredero.

— ¡Y crees que aceptaré la sucesión! interrumpió el artista con voz trémula y volviendo la cara para ocultar un acceso de sensibilidad impropia á su parecer, en una circunstancia tan seria.

— Oyeme; no conozco un hombre más honrado que tú y por eso te elijo. Ante todo cuidado con mis encargos; te hablo en la suposición de acontecimientos que probablemente nunca tendrán lugar, pero yo debo preverlo todo. Ignoro cual será el destino de Clemencia; su tía que es muy austera, puede incomodarse y privarla de su sucesión, su fortuna personal no es considerable, según creo, y no conozco las cláusulas de su contrato de boda, de modo que puede encontrarse totalmente á discreción de su marido, y esto es lo que no quiero. Mi fortuna es pues, un depósito que habrás de conservar en todo tiempo á su disposición; me prometió que me ama lo bastante para aceptar este servicio cuando mi muerte la haya dejado á cubierto por él de todo escúpulo.

— ¡Enhorabuena! dijo Marillac, te declaro que me ahogaba la idea de ser tu heredero.

— Sin embargo, te suplico que aceptes mis derechos de autor; no puedes negarte á ello, continuó Gerifalte con una sonrisa, esta donación entra en el dominio del arte, nadie la merece más que mi eterno amigo y colaborador.

El artista dió algunas vueltas por el aposento con un aire agitado.

— ¡Ojalá! exclamó, estuvieran en el fondo del Sena todos los dramas y comedias del mundo, y que no se efectuara el tal desafío. — Pero sí, en caso de desgracia, acepto, y lo que reune servirá para hacer una magnífica edición completa de tus obras.

Gerifalte le detuvo en medio de su paseo y le estrechó la mano con cariño.

— Amigo mío, le dijo, mucha fé tienes en la gloria. A la verdad no pensaba en la mía, pero te agradezco la idea, y si la llevas adelante, pondrás en el primer tomo mi retrato, el de Deveria, los otros son horribles, y no quisiera que la posteridad que admirará mi genio, viera una muestra tan desfavorable de mi persona.

La ironía de estas palabras aumentó la emoción y la tristeza de Marillac.

— ¡Y decir, exclamó, que yo he salvado la vida á ese tunante de Bergenheim! si te mata, no se lo perdonaré nunca. Pero ya te había pronosticado yo que esto concluiría de un modo trágico.

— ¿Qué quieres? corremos en pos del drama, aquí tenemos uno. No tiemblo por mí sino por ella. ¡Infeliz mujer! Un duelo es una piedra que puede caer sobre la cabeza de un hombre veinte veces por día; basta con que un necio nos mire, con que un torpe nos dé un

pisoton... pero ella... ¡pobre ángel mío!... No quiero pensar en esto, porque mi juicio se trastorna, flaquea mi valor, y necesito mi corazón y mi cabeza. El día va viniendo; no pierdas un instante. Toma un caballo, corre á la Halconería, donde he visto una silla de posta, que mandarás enganchar y te irás á pasar todo el día detrás de la meseta de Montigny. Pero en mi nota hallarás explicaciones sobre todo lo que debes hacer; aquí tienes mi bolsillo, yo no necesito dinero.

Marillac guardó el bolsillo y los papeles; se abotonó la levita hasta la barba y se caló hasta las cejas la gorra de viaje. Su aire á la vez conmovido y resuelto anunciaba un estado de exaltación muy contrario á las teorías pacíficas que había expuesto algunos días ántes.

— Cuenta conmigo, dijo con energía. Si esa pobre mujer viene á arrojarse en mis brazos, te prometó servirte de fiel escudero. La llevaré adonde quiera, á la China, aunque viniera detrás de mí toda la gendarmería francesa; y si Bergenheim te mata y se empeña en seguirnos, saldrán los puñales.

Y al decir esto tomó sobre la chimenea su puñal y un par de pistolas que se metió en los bolsillos, previo un examen detenido de su estado.

— ¡Adios! dijo Gerifalte.

— ¡Adios! repitió el artista cuya extremada agitación contrastaba con la calma de su amigo. No tengas cuidado, respondo de ella y haré una edición completa de tus obras. — Pero ¿porqué has aceptado un combate tan singular? ¿Quién ha visto batirse con escopeta? No tenía derecho para exigir eso.

— Despáchate, debes estar lejos de aquí cuando se levanten los criados.

— Un abrazo, pobre amigo mío, repuso Marillac con las lágrimas en los ojos; conozco que lo que hago no es varonil, pero me confieso vencido... ¡Oh! las mujeres!... seguramente las adoro, mas en este momento soy otro Neron; desearia que no tuviesen mas que una cabeza... ¡Y por esas muñecas nos matamos los hombres!...

— Tiempo tendrás de maldecirlas en el camino, repuso Octavio impaciente porque se marchara.

— Eso es seguro; pueden decir que en este momento me inspiran un odio atroz... ¿Y nuestro drama?... ¡Un drama que habria sido una obra maestra!

— No metas ruido, dijo Octavio abriendo la puerta con precaución.

Marillac le estrechó nuevamente la mano y salió; pero al extremo del corredor se detuvo y volvió sobre sus pasos.

— Sobre todo, dijo asomando la cabeza por la puerta entreabierta, nada de miramientos absurdos. Piensa que uno de vosotros dos tiene que quedar muerto en la tierra, y que si no aciertas, ¡él acertará! No te precipites; apunta y tira, como sobre un conejo.

Y después de esta última recomendación se alejó definitivamente.

Diez minutos después Gerifalte desde la ventana de su aposento le veía salir á escape del palacio.

XXV.

El sol más radiante que pueda alumbrar un hermoso día de setiembre se había levantado sobre el palacio. En los contornos el valle lavado por la tempestad se ostentaba fresco y risueño como una joven que sale del baño. Sus rocas parecían un cerco de plata en torno de su frente; sus bosques un manto verde prendido en sus hombros. Las tierras labradas que surcaban sus franjas hacían resaltar el relieve por el contraste de su fondo sombrío. Algunos bueyes de la especie robusta que pinta Bracassat animaban aquí y allá las praderas con sus grupos diseminados; los pájaros secaban en las copas de los árboles sus alas mojadas por la lluvia, y los alegres gorjeos de la enramada respondían con un canto continuo á los graves mugidos que resonaban en los prados.

Un movimiento inusitado se advertía en los patios del palacio. Los criados iban y venían con afán, en tanto que los perros atados en parejas ejecutaban un concierto de ladridos desordenados, y los caballos participando de ese presentimiento instintivo, pafaban con ardor y trataban de arrancar sus bridas de manos de los palafreneros que los guardaban.

Más allá una partida de aldeanos de los cortijos, armados con largos garrotes, bebían y brindaban alegremente. La orden de marcha vino á poner en movimiento á todos los que esperaban. Los ojeadores guiados por un hombre experimentado salieron del patio y llegaron al monte por los senderos del parque que abreviaban el camino. Los perros se fueron con sus conductores por la alameda. En breve un grupo de cazadores compuestos de los mismos personajes que ya hemos puesto en escena, y á cuya cabeza figuraba Bergenheim, se presentó en el peristilo; bajadas las gradas, los unos montaron á caballo, y los otros en un carricoche descubierta. En el mismo instante, la fisonomía rosada de Alfia asomó por una de las ventanas, y en el piso superior se descubrió el rostro majestuoso de la señorita de Corandeuil que miró con indiferencia á los cazadores. Estos, después de saludar cortesmente á las dos señoras, salieron del palacio al ruido de la trompa de caza que tocaba alegremente la marcha.

El barón montado con la gracia que le era peculiar, con su escopeta á la espalda y un cigarro en la boca, iba y venía de uno á otro y los hablaba á todos con un tono de broma que no había dejado sospechar á nadie sus secretos pensamientos. Pero si había logrado tomar un aire que podía engañar á todo el mundo, no había conseguido disimular enteramente las señales que im-

primen al rostro las pasiones violentas; su fisonomía estaba más pálida que de costumbre, y en ella se distinguían las huellas de dos noches de insomnio doloroso.

Gerifalte hacia igualmente esfuerzos inauditos por imponerse esa serenidad impávida que guarda el secreto del corazón, pero sin lograrlo como Bergenheim. Su afectada alegría denotaba una violencia constante; la sonrisa que se pintaba en sus labios dejaba frío lo restante de su rostro, y no borraba jamás una arruga profunda que surcaba su frente.

Y esta expresión melancólica se llegó á acrecentar con un incidente, deseado, quizás, pero inesperado. En el momento en que los cazadores pasaban por delante del jardín inglés que separaba la alameda del cuerpo de casa habitado por la señora de Bergenheim, Octavio se quedó detrás de sus compañeros, y sus ojos interrogaron sucesivamente con una mirada sombría y ávida todos los balcones de aquella fachada; las persianas de la alcoba estaban entreabiertas, y gracias á esta circunstancia pudo ver que las colgaduras se movían y luego se separaban. Un rostro pálido asomó un instante al balcón, como la cabeza de un ángel que hubiese entreabierto el cielo para ver la tierra. Gerifalte se alzó sobre los estribos para ver más tiempo aquella aparición que un grupo de árboles le ocultaba ya, pero no se atrevió á despedirse con el más ligero ademán de aquella á quien veía sin duda por la última vez. Algunos pasos más allá los árboles no le estorbaron contemplar de nuevo á Clemencia inmóvil, con la frente apoyada en la persiana y los ojos clavados en él; pero en este instante distinguió á su lado al barón que había detenido el paso de su caballo para esperarle.

— No estais en vuestro papel, le dijo; nos hallamos rodeados de espías y el notario me ha dicho ya que no teniais el aire muy alegre.

— Es verdad, respondió Octavio; admiro vuestra sangre fría, pero me es imposible imitar el ejemplo.

— Reunámonos y hablemos con ellos, repuso el barón; después del lance nuestras acciones serán comentadas si sospechan algo. Pensad que el honor de esa mujer depende de nuestra prudencia.

Y salió al trote; Gerifalte le siguió sofocando un suspiro y después de arrojar una última mirada hacia el palacio. En breve alcanzaron al carricoche donde iban varios de los convidados y que el notario guiaba con el aplomo de un cobero de profesión.

— ¡Buena noticia! ¡señores! dijo Bergenheim; el vizconde se compromete á escribir una composición poética en loor del que mate al jabalí; ¿no es verdad, Gerifalte?

— Sí, por cierto, respondió este con el mismo tono, y me da el corazón que habeis de ser el héroe.

— ¡Magnífico! ¡magnífico! exclamó el notario, celebraremos los versos, sobre todo, si cantan vuestra victoria señor barón... Pero ¿qué diablo tienen vuestros perros?

— ¿Qué hay pues?

— ¿No veis como corren hacia el agua?!

(Se continuará.)

Grandes cacerías en Baden.

Todos los años se termina la temporada en Baden con una partida de caza, á la que asisten cuantos han pasado los últimos días del estío en esa residencia favorita del mundo elegante de todos los países. Así la fiesta de despedida es animada; jóvenes y viejos, bañistas y paseantes, todo el mundo se agita; Baden parece presa de una fiebre que sus aguas termales son impotentes para calmar. Las elegantes se ponen trajes de caza nunca vistos; los jugadores más determinados abandonan la mesa de juego; los enfermos salen de sus camas, los gotosos se enderezan, los paralíticos arrojan sus muletas. Cada cual entona una canción de caza; la gente se saluda con regocijo, en suma, el gran día ha llegado.

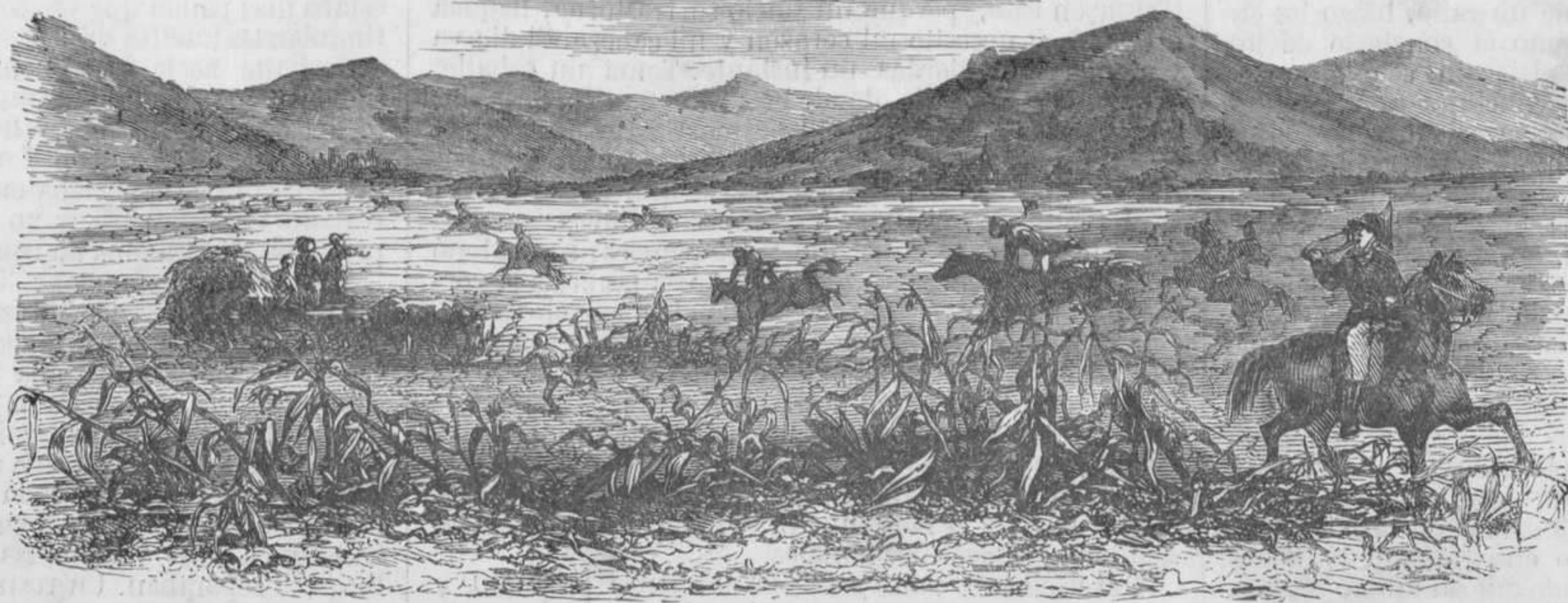
Verdadero día de caza: tierra húmeda y viento suave; las nubes elevadas é inmóviles forman un velo de dibujos caprichosos, que preservará de los rigores del sol; todo se anuncia bien.

Desde las nueve de la mañana las trompas de caza llaman á la gente. Hé aquí Ledarde y Francisco que salen ya á caballo con los perros, y Thiberge, un cazador de oficio que les acompaña. Este concierto estrepitoso hace salir á la calle á todo el mundo.

El camino de Oos se cubre de ginetes, de amazonas, de dockars, de breks, de droskes. Cada cual pugna por adelantarse, como si la cacería fuese una cosa nueva en Baden, cuando desde hace un mes no se entregan á otra cosa los aficionados. Por el camino se van recordando los incidentes de las pruebas que se han hecho ya para la gran fiesta del día, y hablando así de los gamos y de los ciervos perseguidos, se llega al punto de reunión que se encuentra más allá de Sandwiesr á dos leguas de Baden en la orilla de un pinar. La bandera badense ondea en medio de los árboles; detrás se extienden los montes, delante se halla la inmensa llanura de Oos, y en el fondo las montañas del valle de Baden, destacándose en el azul del cielo la torre de Mercurio, el antiguo castillo y las ruinas de Eberstein; es una decoración de ópera.

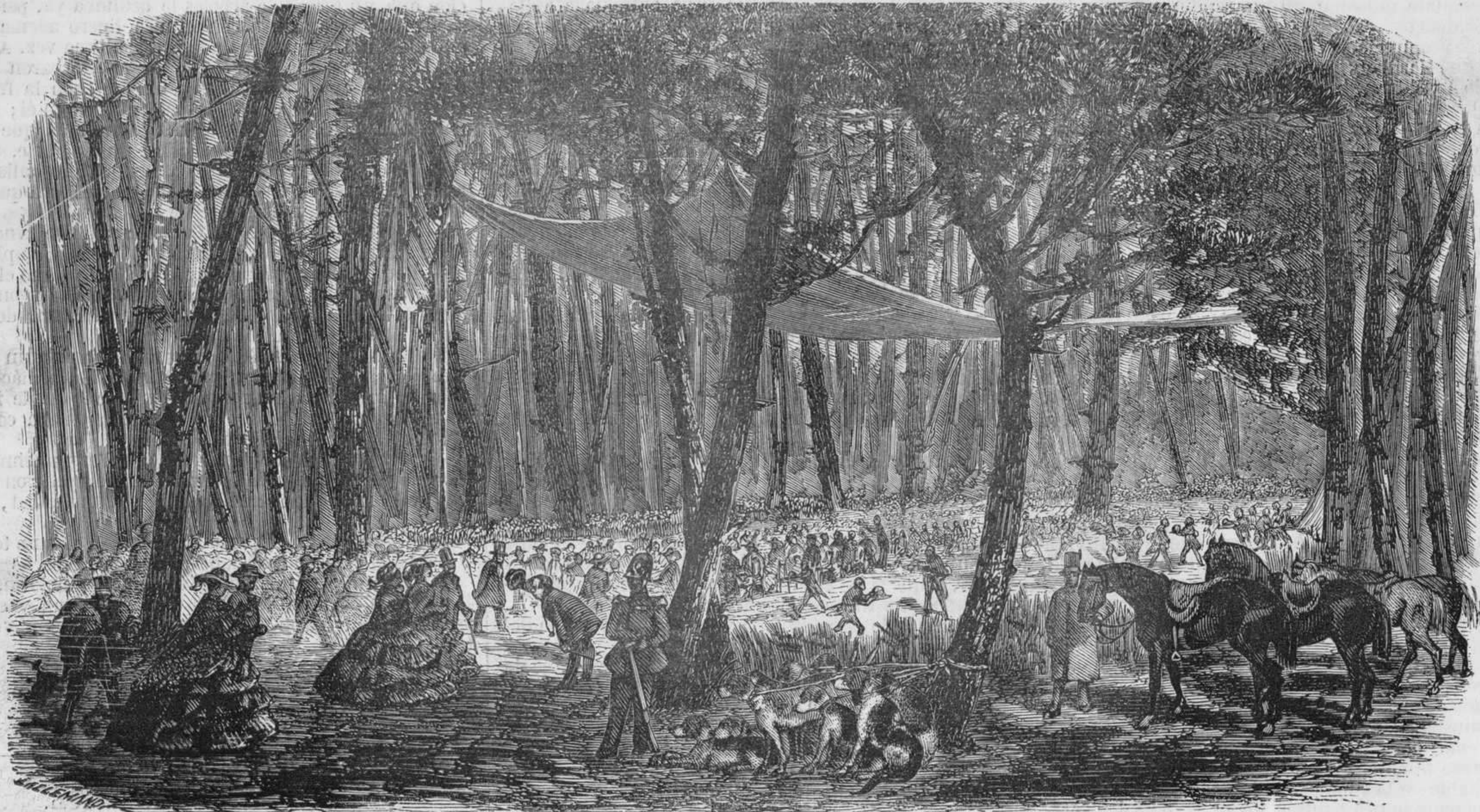
Todo el mundo se apea, y los convidados son recibidos con afabilidad. La aristocracia de todos los países cuenta allí un buen número de representantes, y entre todas esas cabezas que se saludan y se sonrien brilla la corta diputación de la prensa parisiense. — Pero de repente tocan la llegada del gamo, y en efecto aparece

una hermosa cabeza con diez cuernos. El animal espantado se detiene, mira con sorpresa á los importunos que han venido á turbarle en su soledad, y luego toma á la izquierda y se mete en el monte. Entonces sueltan los perros, los cazadores marchan detrás, y en breve desaparecen todos con gran sentimiento de las señoras y de los ancianos que tienen que esperar su vuelta. El animal lleva ventaja, pero la jauría devora el espacio. Son los cincuenta perros ingleses llenos de fuego



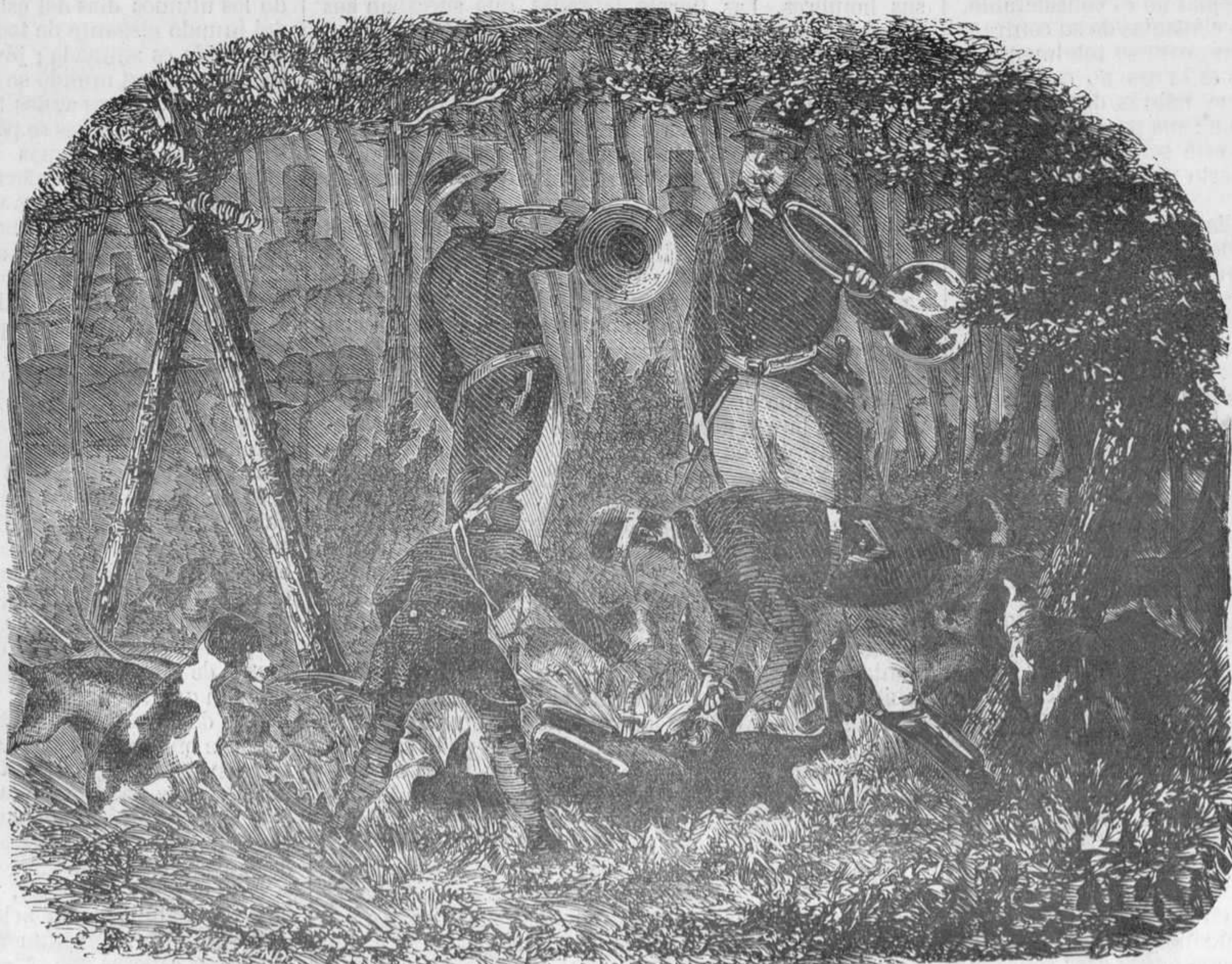
Grandes cacerías de Baden : persecucion en llano.

del señor duque de Chevreuse que han pasado á ser propiedad de M. Benazet. El animal resiste una hora, pero ya sus saltos son menos elásticos, menos nerviosos; los perros le envuelven y contienen, los ginetes llegan al sonido de la trompa; el gamo se dispone á hacer un esfuerzo supremo, pero uno de los cazadores mas intrépidos, un prusiano llamado M. de Schach se apea del caballo y adelantándose coge al animal por los cuernos; Ledard le presenta su puñal de monte, y el golpe de



Banquete en el bosque de Sandweie, llanura de Oos, cerca de Baden.

gracia está ya dado. Después de la ralea caliente, cada cual toma el camino del punto de reunion donde nos espera un espectáculo nuevo. Bajo un toldo colgado entre los pinos se extienden grandes mesas ricamente servidas y cubiertas de los manjares mas delicados. La exquisita langosta del Océano figura junto á la trucha del lago de Constanza y el salmon del Rhin. Las aves del Mans fraternizan con las piezas de caza de la selva Negra; Maguncia está representada por sus jamones y Strasburgo por sus carnes aderezadas. El vino de Burdeos llena las copas y abunda el champaña helado. Un aparador tan suntuoso como inagotable suministra los intermedios, y un vapor azulado que sale de una zarza denuncia la presencia de los hornillos donde se elaboran los principios calientes. Defouilloux, ese gran maestro de la montería francesa escribia en su lengua sencilla, que nunca se debe salir á caza « sin abundantes



La ralea caliente del gamo.

provisiones de boca.» Jamás se observó mejor este principio. Mil bravos saludan nuestra llegada; las copas se alzan en nuestro honor y se vacian todas, pues preciso es decirlo, los puestos están ocupados y presenciamos no un banquete que principia, sino un banquete que se acaba. Las damas y sus caballeros fieles ocuparon el tiempo en la mesa, á fin de no perder paciencia mientras volvía la caza. Pero pronto sin embargo, se levantan y cambian los papeles; aquellas y aquellos que hemos admirado, se dirigen á su vez bajo la sombra de los árboles á disfrutar de esa vista magnífica. Las mesas se limpian, se renuevan los manjares y el banquete vuelve á comenzar con tropas frescas y nuevas municiones. El sol envia algunos rayos inofensivos que doran las copas de los árboles y bajan en cascadas luminosas hasta nosotros; todo el mundo está alegre y contento.

Però de nuevo resue-

nan las trompas; es el jabalí, y otra vez principia la caza. Cada cual corre á su paso; el animal desemboca lo mismo que el gamo; pero en vez de volverse al bosque hácia el Norte, corre hácia el Sur en la direccion del Rhin. El jabalí corre con vigor perseguido de cerca por los perros; atraviesa la aldea de Ifezheim, luego un brazo del rio, y por último, entra ya sin aliento en un islote plantado de sauces, donde le mata el mismo M. de Schach, y los cazadores vuelven á poco victoriosos.

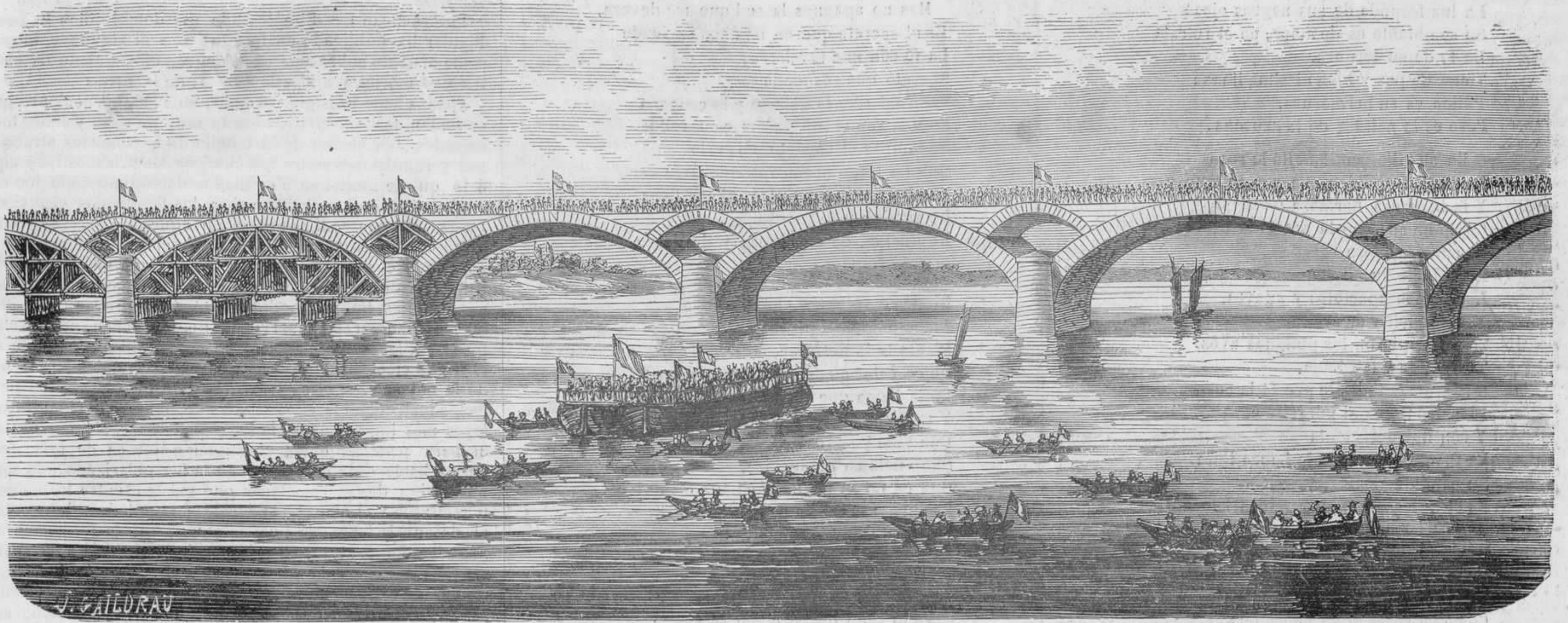
El salon improvisado del banquete se habia convertido en salon de baile; tocaba la banda austriaca del regimiento de Benedeck con su maestría de costumbre, y nadie dejaba de tomar parte en la danza. Pero dan las cinco y es hora de volver; el cortejo se forma de este modo: á la cabeza los perros, orgullosos con las insignias de sus triunfos, luego los trofeos de la caza en un carro guarnecido de ramajes, los ginetes y las amazonas, y por último una hilera interminable de coches.

Esta larga procesion volvió á tomar majestuosamente el camino de Baden, con dos cazadores heridos de caídas de caballo; las victorias siempre cuestan algo.

Pero no se habia concluido la fiesta: M. Benazet ofrecia á sus convidados en sus nuevos salones una representación teatral, en la cual tomaron parte Brindeau y Levassor, dos actores famosos de Paris. Así concluyó esta fiesta que ha venido á cerrar dignamente la larga serie de las que este año se han dado en Baden.

E. D.

El Puente de Plessis-les-Tours.



Puente de Plessis-les-Tours, sobre el Loira, para el ferro-carril de Tours al Mans.

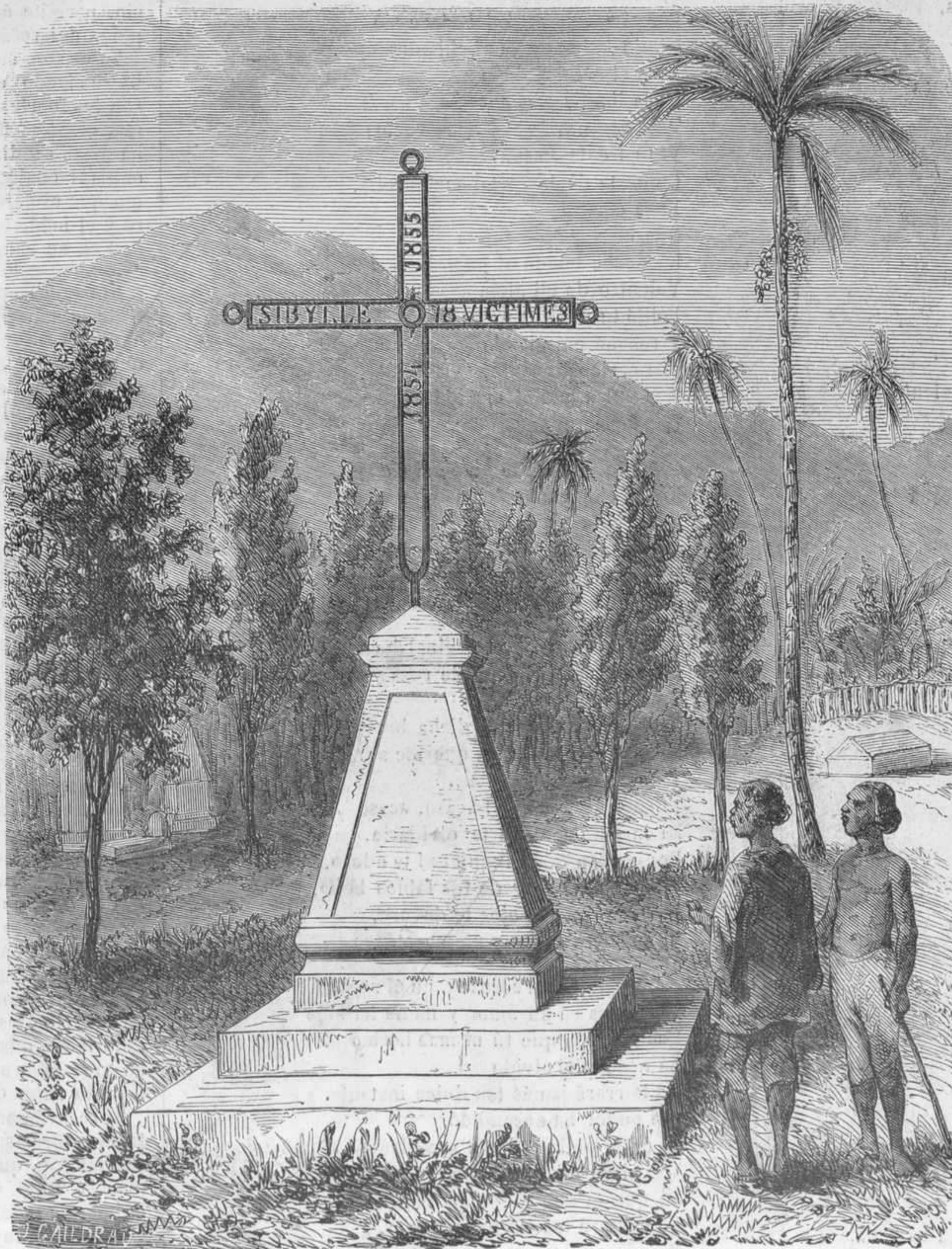
El 19 de octubre último, con motivo de haberse cerrado los arcos del puente de Plessis-les-Tours para el ferro-carril de Tours al Mans, los señores Marchand y Guignet asentistas, y los obreros, dieron un banquete al que asistieron igualmente los empleados de la compañía de Orleans destinados á aquel servicio. Al mediodía los convidados se hallaban reunidos en la isla Simon enfrente de Tours. Una flotilla empavesada que tenia á su cabeza un lanchon donde estaba la banda de música del 98º, los recogió y se puso en movimiento bajando el rio para detenerse al pié de un desembarcadero improvisado delante de los almacenes de construccion donde se habian puesto las mesas. Bajo una tienda inmensa á cuya entrada se leia esta divisa: *Honor al trabajo* tomaron asiento 500 personas (carpinteros, albañiles, etc.) en puestos determinados por los instrumentos de trabajo de cada oficio. En el fondo, detrás de la mesa de los convidados habia un gran trofeo con las herramientas de todos los oficios. Despues del banquete que concluyó con los brindis de costumbre y una colecta hecha para las familias de los obreros muertos ó heridos, las embarcaciones se llenaron de nuevo para ir á visitar el puente. Mientras las barcas pasaban bajo los nuevos arcos con la música á la cabeza, un largo desfile de curiosos que continuó hasta por la noche, principió por las aceras del puente. La ascension á un palo de cucaña que se habia elevado por el lado del Mediodía, el incendio de unos barriles de pólvora en medio del agua, y por último, la iluminacion de todo un arco, terminaron la fiesta, cuyos detalles felizmente combinados se ejecutaron con orden y sin que hubiera que deplorar ninguna desgracia.

El puente de Plessis-les-Tours se compone de quince arcos esbeltos de 24 metros de abertura; las pequeñas bóvedas establecidas entre los pilares dan á la obra mucha ligereza y solidez. La primera piedra del puente se colocó el día 23 de setiembre de 1855, y la última bóveda se cerró el 16 de octubre de 1856. Para alcanzar semejante resultado en la construccion de un puente sobre el Loira, á pesar de la terrible inundacion del mes de junio, se ha necesitado desplegar una actividad maravillosa, bajo una direccion inteligente. La compañía del fer-

ro-carril de Orleans debe tan feliz éxito á los asentistas nombrados ya, á los ingenieros Morandiere y Deglin, y á M. Guillemain, conductor-jefe de seccion encargado de las obras, que ha vencido todos los contratiempos con el activo impulso que dió á los trabaja-

dores, cuyo afecto supo granjearse al mismo tiempo.

G. P.



Monumento elevado á la memoria de los marinos de la *Sibylle*, muertes en Amboine.

Monumento

ELEVADO EN AMBOINE Á LA MEMORIA DE LOS MARINOS DE LA FRAGATA FRANCESA LA SIBYLLE. (1)

«Islas Molucas,» Fernata 30 de junio de 1856.

Envio á Vds. el dibujo de la tumba en que reposan setenta y cinco marinos franceses, víctimas de una enfermedad terrible (difteria trópica) que se declaró á bordo de la fragata imperial *la Sibylle* cuando pasaba de Timos-Koepang á Macao, obligando á su comandante el señor capitán de marina Simonet de Maisonneuve, á buscar un refugio donde el mal pudiera combatirse con mejor éxito que á bordo de un buque de guerra.

El 13 de diciembre de 1854 la fragata fondeó delante de Amboine y los enfermos hallaron en el hospital militar, dirigido por M. Dumas, todos los socorros que los esfuerzos de médicos experimentados unidos á los cuidados mas solícitos por parte de sus compatriotas pudieron consagrar á su alivio.

Al cabo de dos meses *la Sibylle* continuó su viaje dejando en el hospital un centenar de sus valientes defensores muertos ó moribundos, entre los cuales pocos se libertaron de la intensidad del mal.

Mis funciones de primer magistrado de Amboine me pusieron en relacion directa con el señor comandante de *la Sibylle*, que á su marcha me dejó una suma mas que suficiente para los gastos del monumento cuyo dibujo envio á Vds., y á su beneficio pude dulcificar tambien la suerte de los convalecientes, entregándoles lo bastante para satisfacer esas pequeñas necesidades, que son un lujo indispensable entre los marinos, la pipa y el tabaco.

El monumento elevado á expensas de los marinos de la fragata, es todo

(1) Véanse los números 203 y 204: Expedicion de la Indo-China.

de fábrica y tiene encima una cruz de hierro calada, en la cual se lee esta inscripción: — *Sibylle*, 75 víctimas; 1854-1855.

J. N. ROBÍAS
residente en Fernatá.

Amor del poeta.

¿No conoceis á Laura? ¿No habeis visto
La dulce risa de sus labios rojos,
Ni la tierna inquietud con que dilata
La luz fecunda de sus negros ojos?
Su semblante es de amor; en él retrata
La fé de su ternura,
Tiene de paz y bien el alma llena;
Pálida es su hermosura,
Pero es la palidez de la azucena.

En su talle gentil halló la rosa
La casta languidez con que se mueve,
Y la blanca hermosa
Copió en su seno la preciada nieve:
El aura cariñosa
Recogió de su aliento
Los vuelos apacibles y suaves,
Y al escuchar su acento
Trinar supieron las pintadas aves.
Tan pálida y tan bella,
Sus gracias todas le prestó la aurora.
Rien las flores al mirarla ella;
Y con dulce armonía
La fuente gime cuando Laura llora.
Su cándida alegría
Es el nacer del sol; si mira triste,
Es la tristeza con que muere el día.
Rasgando el manto de la nube oscuro,
No es mas bello el azul del firmamento.
Su corazón es puro;
Como su corazón su pensamiento.

¿Y no la conoceis? ¿no habeis sentido
El suspiro doliente
De sus hermosos labios desprendido?
¿La esperanza jamás os la fingía?
Y en el sueño de amor mas inocente
¿No la pudo entrever la fantasía?
¿Y en apacible calma
Llenos de amor sentís los corazones,
Y guardais en el alma
Profundas y queridas ilusiones...»
A mí se apareció: la infancia apenas
Me regalaba hermosas
Sus últimas coronas de azucenas,
Sus ya pálidas rosas.
Y yo la ví: mi corazón temblaba
Al sol de sus miradas cariñosas;
Llena de luz y de hermosura estaba.
Sobre mí se inclinó, besó mi frente;
En ella dejó escrito
El sello de un afán puro y ardiente,
El germen de un amor harto infinito.

Después huyó. Y desde entonces siento
De su casta hermosura
El corazón sediento:
En los misterios de la noche oscura
La escucho suspirar: cual sombra vana
Por el bosque sombrío
Me la finge la luz de la mañana;
Búscala ansioso el pensamiento mío
Por la verde pradera,
Por la margen del río,
Cuando la tarde tímida y ligera
Llueve sobre las flores su rocío.
Vive en mi corazón, vive en mi vida;
Mis penas desvanece,
A mi profundo amor agradecida,
Y calma mi desvelo:
Si á mis inquietos ojos comparece,
Su blanca mano me señala el cielo,
Y rápida otra vez desaparece.

El fuego de su lánguida belleza
Derrama en mis ensueños un tesoro
De ternura y grandeza,
De armonías, perfumes y colores;
Cielos azules recamados de oro,
Campos cubiertos de lozanas flores.

Vision consoladora,
Manantial de mis dulces alegrías,
Estrella bienhechora,
Luz que ilumina mis oscuros días...
¿Qué fuera yo sin tí?... Planta sin fruto,
Nebulosa mañana,
Corazón lleno de amargura y luto,
Hijo infeliz de la miseria humana.

Laura.

(Continuación del amor del poeta.)

Me abraso de calor... vén Laura mía,
El viento apenas gime
Y el sol señala la mitad del día.
Reposémos aquí; naturaleza
Bajo esta melancólica espesura
Nos convida al placer y á la tristeza:
Alza los ojos bellos,
Vierte en mi corazón su lumbre pura,
Quiero, pues son mi amor, mirarme en ellos.

Mas no apagues la sed que me devora,
Es el secreto que en mi alma enciende
La fé con que te adora;
Secreto que suspende
Todo mi sér; lo abisma y lo enajena
En una vaguedad que no comprende.
No rompas el encanto misterio
Que en torno nuestro desplegarse ve,
Es el amor que nuestras almas llena
De sombra y de reposo,
De ilusión, de esperanza y de deseo

Amor á cuyo imperio
Rinde su voluntad el alma ciega,
Amor todo misterioso,
Planta toda perfume,
Dulce calor que si á inflamarse llega
En la llama que enciende se consume.
Y este amor que respiro,
Que vida y ser del corazón recibe,
Que vuela en un suspiro,
Que en mí se oculta y en tus ojos vive:
Es aurora del cielo desprendida,
Es aliento de Dios puro y suave,
Es mi sér, es mi espíritu, es mi vida;
Y yo no quiero que mi amor se acabe.

Yo lo sentí brotar como se siente
La luz del sol, á cuyo influjo arde
La bóveda del cielo transparente,
Y el universo brilla y se colora;
Lo adiviné en las sombras de la tarde,
Lo comprendí en los rayos de la aurora;
Y en el céfiro blando
Sentí el suspiro de tus labios rojos,
La luna resbalando
Por el espejo azul del claro río
Mintió la luz de tus brillantes ojos.
Y en el cáliz umbrío
De la limpia azucena
Tus lágrimas bebí y eran rocío;
Ví tu frente serena
Cubierta de inmortal melancolía,
Vaga como la sombra
Que en apacible calma
La noche tiende al expirar el día
Y dentro de mi alma
Brilló tu pensamiento;
Y resonó en mi oído
Tu cariñoso acento,
Mas dulce que el gemido
Que forma el agua que acaricia el viento.

Así te ví y así te amé; si ciego
Nunca el encanto de tus ojos viera,
Este profundo fuego,
Que tú alimentas y en mi seno abrigo
Lo mismo que lo siento lo sintiera;
Dios sabe que este amor nació conmigo.

Mas si en tu seno virginal dormido,
Seno que amor formó de rosa y nieve,
En beso apetecido
Probara del placer la dicha breve,
Se apagará la sed en que me abraso;
Y entonces Laura mía...
¿Cruel humanidad! acaso, acaso
Mi ingrato corazón te olvidaría.
Por eso en dócil inquietud te adoro,
Por eso el ámbar de tus labios bebo,
Por eso con mis ojos te devore,
Te quisiera besar y no me atrevo.

Duerme en mi corazón, en él reposa,
Virgen es en su amor y nadie ha sido
Mas querida que tú ni mas hermosa.
La noche del olvido
No borrará jamás tan dulce instante.
¡El pudor ha encendido
La casta palidez de tu semblante!...
Vén si en mi amor confías
Tú que la negra ingratitud ignoras;
Yo cantaré tus tiernas alegrías,
Yo enjugaré tus lágrimas si lloras.

Y el cielo alegre en tanto
Que nuestro bien desea,
Serenó tienda su lujoso manto,
Que tu cariño tierno
Afable mire y satisfecho vea,
Y que mi amor eterno
Y digno, Laura, de tu nombre sea.

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

Boletín científico.

ELECTRICIDAD: — El entendido escritor científico M. Louis Figuier ha publicado en la « Presse » el siguiente interesante artículo sobre una obra nueva, el « Tratado de electricidad teórica y aplicada » de A. de la Rive:

Apénas hace un siglo, es decir, en 1750, las nociones que se tenían de la electricidad eran muy escasas, y sobre todo estériles. Los efectos de la botella de Leyden, las atracciones y repulsiones entre los cuerpos electrificados: hé aquí á lo que se limitaban á mediados del último siglo los conocimientos de los físicos sobre los fenómenos eléctricos. ¿Quién hubiera podido prever en aquella época la prodigiosa extensión de este orden de hechos? ¿Quién hubiera adivinado el imperio inmenso que debían ejercer un día sobre los diversos ramos de nuestros conocimientos físicos? ¿Quién hubiera podido entonces entrever el cuadro de los innumerables servicios que la electricidad debía prestar á las otras ciencias? La meteorología, hallando en el fluido eléctrico la causa de los mas grandes fenómenos de la naturaleza; el calórico, sacando de él sus mas perfectos instrumentos y los medios de poner en evidencia sus leyes mas importantes; la física molecular, sirviéndose de él para penetrar en la constitución íntima de los cuerpos, y haciéndola concurrir con la luz polarizada á la manifestación de las relaciones que existen entre la materia ponderable y el éter imponderable; la química, debiéndola el descubrimiento de nuevos elementos, la formación de nuevos compuestos y sus mas poderosos medios de análisis y de síntesis; la mineralogía y la geología, buscando en ella la explicación del origen de los minerales cristalizados y de muchos depósitos terrestres; la fisiología, sacando de ella un conocimiento mas íntimo de las fuerzas que rigen la materia orgánica y el secreto de obrar sobre los seres organizados casi como la vida misma; la medicina, descubriendo en ella recursos contra enfermedades reputadas hasta entonces como incurables; las artes metalúrgicas, encontrando en ella nuevos procedimientos para extraer, moler y aplicar los metales de mas uso; la mecánica, dotada por ella con una fuerza nueva, que pronta como el pensamiento, independiente del tiempo y del espacio, permite á la inteligencia lanzarse á lo lejos con la rapidez del relámpago.

Tales son, sin embargo, las maravillas que la electricidad ha realizado en el intervalo de ménos de un siglo: tales son los fuertes lazos que al presente la unen con las demás ciencias físicas. Así que el estudio de la electricidad se ha hecho indispensable para todos los que se dedican á cultivar cualquier ramo de las ciencias. El químico, lo mismo que el físico, el geómetra como el fisiólogo, el ingeniero y el médico, están obligados á tropezar con la electricidad en su camino, y necesitan por consiguiente familiarizarse con este género de estudios.

Entre los numerosos tratados que poseemos sobre esta materia especial, no hay ninguno que llene completamente el objeto complejo que acabamos de caracterizar, es decir, que abrace la relación que existe entre la electricidad y las demás ciencias. Para iniciar en el conocimiento de la electricidad á toda la categoría de los sabios ó industriales que necesitan penetrarse de estas nociones, es preciso adoptar una forma expositiva, á la vez sustancial y elemental, completa y sin embargo sucinta; es preciso que el sujeto sea presentado en un orden lógico, y no como hasta aquí se ha hecho siguiendo un orden casi exclusivamente histórico. Es preciso, en una palabra, dar á esta parte de la física el carácter de una verdadera ciencia, que le faltará siempre en tanto que sea presentada, como lo ha sido en los tratados publicados hasta el día, como una simple compilación, muchas veces confusa, de atrevidas teorías y hechos aislados y sin conexión.

Por la reacción inmensa de los descubrimientos é investigaciones con que se ha enriquecido desde hace medio siglo, la electricidad tiende mas y mas á convertirse en una ciencia propiamente tal, y se acerca el momento en que puede ser cogido el lazo que reúne todos los hechos de que se compone, para confundirlos en una doctrina resumiéndolos con unidad. Así el físico que hoy emprende el escribir un tratado sobre esta importante materia, no puede ceñirse á seguir en su trabajo el plan uniforme al que hasta ahora se ha conformado, y que consiste en registrar sucesivamente los hechos y las innumerables observaciones que el tiempo ha reunido.

Debe esforzarse en dar á su obra un carácter de unidad, en marcarla con el sello de su propio pensamiento; erigir en doctrina las miras que le han servido de guía, sobre todo luego que habiendo consagrado, como M. de la Rive, su vida entera á este género de estudios, es contado en la Europa sábia entre los maestros de esta parte de la física.

Apresurémonos á decir que el carácter de unidad de doctrina es precisamente lo que llama la atención en la obra capital con que M. de la Rive acaba de enriquecer á la ciencia. Todo en ella se encuentra subordinado á la idea culminante del autor.

Esta idea capital es que todos los fenómenos de propagación eléctrica son precedidos de una polarización de las

moléculas de los cuerpos, que los coloca en un estado físico particular. Así es como M. de la Rive explica la cometa eléctrica de la pila, que es debida, según él, á una serie de descargas sucesivas entre las moléculas de los cuerpos polarizados eléctricamente, como se observa en el experimento conocido bajo el nombre de « cuadro brillante, » donde se ve una sucesion de chispas brotar de una manera no interrumpida entre las pequeñas laminitas de estaño separadas por una débil distancia.

No desentenderemos mas este principio de la teoría fundamental de los fenómenos eléctricos que domina en toda la obra del ilustre físico de Ginebra, y le da ese sello de originalidad que ha faltado hasta aquí á todos los tratados publicados sobre esta materia. Nos contentaremos con indicar el orden adoptado por el autor para la exposicion de los numerosos fenómenos, que describe. Se va á ver que este orden se halla esencialmente fundado sobre la consideracion de la naturaleza propia de los fenómenos, y no como se habia hecho hasta aquí sobre su sucesion histórica ó sobre analogías mas ó ménos exactas.

La primera parte, que sirve de introduccion, está consagrada á una exposicion general de los fenómenos fundamentales y á una descripción de los principales instrumentos que sirven, ya para producir, ya para percibir y medir la electricidad.

La segunda parte, titulada la electricidad estática, tiene por objeto la exposicion de los fenómenos generales y de las leyes que presenta la electricidad en el estado de reposo ó detencion: atracciones y repulsiones, distribucion, induccion, electricidad disimulada y teorías sobre la naturaleza de la electricidad.

La tercera parte comprende las leyes generales de la electricidad en movimiento, es decir, la « electro-dinámica y el magnetismo, » que es el mismo, solo considerado como una forma de la electricidad dinámica.

La cuarta parte encierra bajo el título de « trasmision de electricidad á través de diferentes cuerpos, » primero la descripción de los fenómenos relativos al modo mismo de propagacion de la electricidad en el interior de los cuerpos; despues un estudio detallado de los efectos caloríficos, luminosos y químicos que acompañan á esta propagacion; y por último, un exámen de los fenómenos fisiológicos que produce la electricidad en los cuerpos organizados.

La quinta parte del libro de M. de la Rive trata de las « fuentes de la electricidad, » objeto que no podia ser convenientemente abordado sino despues de un estudio de las leyes generales que siguen la electricidad estática y dinámica. El exámen sucesivo de las diferentes acciones físicas, mecánicas y químicas que se desprenden de la electricidad, va precedido de una ojeada sobre las causas en genera que producen este desprendimiento, y seguido de la explicacion de los aparatos electro-motores. Las fuentes naturales son estudiadas á su vez tanto en su origen como en sus efectos. La electricidad animal, la atmosférica, la terrestre, que comprende el magnetismo terrestre, son las tres formas bajo las cuales la naturaleza produce ella misma la electricidad y suministra por consiguiente tres capítulos distintos de esta parte del tratado.

Cada fuente es considerada por M. de la Rive, no solo bajo el punto de vista del desenvolvimiento de la electricidad, á la cual da origen, sino tambien en las relaciones que la unen con los efectos análogos que la misma electricidad es capaz de producir: reunion que conduce á consideraciones generales llenas de interés sobre las fuerzas de la naturaleza. Así que el calor, la accion química, la accion fisiológica, son á la vez causa y efecto de la electricidad, y esta doble forma bajo la cual la electricidad manifiesta su relacion con otras tres grandes fuerzas naturales, es todavía una prueba de la union íntima que las enlaza, sea con la electricidad misma, sea entre sí.

La reunion de las numerosas y complejas materias cuya exposicion acabamos de hacer, forma en la obra de M. de la Rive los dos volúmenes que hasta ahora han aparecido. El tercero, cuya publicacion no se hace esperar, debe estar consagrado á la exposicion de las diversas aplicaciones de la electricidad. Completará una de las obras mas importantes con que la ciencia de la electricidad se haya enriquecido, y que corresponde en un todo á lo que del talento y de la justa y merecida fama de su autor se esperaba.

COMERCIO: — La « Gaceta » de Madrid acaba de publicar el vasto cuadro general del comercio exterior de España con sus posesiones de Ultramar y potencias extranjeras en 1855, formado por la direccion de aduanas.

El valor de las transacciones comerciales entre España y sus posesiones de Ultramar y potencias extranjeras ha ascendido, en los comercios de importacion y exportacion reunidos, á la suma de 2,283,124,815 reales, 26 por 100 mayor que la que por igual concepto representan los valores de 1854, y 48 por 100 mas crecida que la del año comun del quinquenio anterior de 1855.

La bandera nacional condujo por valores de un billon, trescientos veintin millones, ciento veinte y nueve mil, setecientos treinta y seis reales; la bandera extranjera por 834,093,166, los valores de las conducciones por tierra 127 millones 901,913; todo lo cual da un total de 2,283,124,815 reales.

Por dichos tres conceptos han contribuido al tesoro con la cantidad de 166,635,181 rs., en la forma siguiente:

La bandera nacional, 143,457,338 rs.; la bandera extranjera 17,901,425; las conducciones por tierra 5,276,418.

Las importaciones representan un valor oficial de 1 mil 23 millones, 761 mil, 323 rs., ó sea uno mayor de 25 por 100 que el del año de 1854, ó de 39 por 100 sobre el del quinquenio anterior.

La bandera nacional importó 863,346,897 rs.; la bandera

extranjera 120,547,684; por tierra se introdujeron 39 millones, 866 mil, 742; todo lo cual da un total de 1 mil, 23 millones, 761 mil, 323 rs.

Los derechos recaudados por las introducciones, fueron en bandera nacional 143,360,541 rs.; en bandera extranjera 17,586,981; por tierra 5,276,418; dando un total de 166 millones, 223 mil, 940 rs.

Según los valores corrientes dados por las aduanas al tiempo de verificarse las exportaciones, el valor de estas asciende á 1,259,363,492 rs., resultando á favor de este año, comparado con el de 1854, una diferencia de 27 por 100, y de 86 por 100 respecto al quinquenio anterior.

Los derechos exigidos en toda bandera han consistido en 411,241 rs., de los cuales corresponden 314,444 á la extranjera.

Estos derechos han recaido sobre valores exportados, en bandera nacional 457,782,839 rs.; en bandera extranjera 713,545,482; por tierra 88,035,171; total 1,259,363,492.

INDUSTRIA: — Hânse establecido recientemente en Servia numerosos artistas de todas clases alemanes, particularmente sajones, pues hallan allí grandes conveniencias al efecto, no tan solo por el precio cómodo de los víveres sino tambien por la equidad notable de los materiales en bruto.

— En Liverpool ha conseguido cierto industrial confeccionar papel de hierro. Es de chapa laminada, y tan fino y delgado como el de cartón, y aun mucho mas que el que presentó en 1851 en la Exposicion Universal de Industria un tal Sr. Demidoff.

— La produccion de la seda en rama sobre nuestra tierra, ascendió en los ocho años, á contar desde 1846 á 1853, al valor de 1,041,200,000 francos. A saber: Europa produjo por 336,200,000 francos, Asia por 702,800,000, Africa por 1,100,000, Australia por 600,000 y América por 500,000 fr. En cuanto á la fabricacion, es Lyon el punto mas principal de todo el universo. Las naciones apartadas en el Oriente dan á Lyon mas bien el nombre de « Ciudad de las estofas admirables. » Esta es su distincion característica ante todas las ciudades del mundo, y para sostener tan elevado concepto ha hecho Lyon en todo tiempo todos los esfuerzos posibles. Hânse declarado varios países de Europa como rivales de ella; por ejemplo la Suiza, los Estados que componen la union aduanera alemana, Austria y aun la Rusia enviaron ya á la Exposicion Universal de Industria en Londres tejidos de seda de un mérito especial. Inglaterra á su vez organiza á la sazón, á favor de considerables gastos, grandes establecimientos de telares de seda y escuelas de dibujo. Quiere que sus trabajadores puedan algun dia competir con el distinguido gusto de los franceses en la manufactura de los tejidos de seda, y si lo consigue entonces la supremacia de la Francia en este ramo industrial irá por tierra, mayormente cuando la Gran Bretaña fabrica ya en el dia una cantidad igual de tejidos de seda como la Francia, lo que se deduce del consumo de la seda en rama en ambos países.

INVENCIONES Y DESCUBRIMIENTOS: — Una de las invenciones destinadas á llamar la atencion del mundo industrial y comercial, es sin disputa alguna la de los barcos de nueva invencion de M. C., cuyo modelo ha figurado en la última Exposicion francesa.

Con estos barcos se propone M. C. no solo sostener la concurrencia con los caminos de hierro, sino ofrecer grandes ventajas sobre ellos. Su objeto es establecer en los rios trasportes de viajeros de gran velocidad y en los canales trasportes de mercancías de velocidad media, pero reduciendo en ambos casos los precios á una tercera y á una cuarta parte de los que tienen los ferro-carriles. Para esto propone establecer trenes de barcos, que llevarán grandes ventajas á los trenes de wagones. Estos barcos-wagones deberán tener todos la misma forma y dimensiones (100 toneladas), siendo cada uno un paralelepípedo terminando en su parte anterior por un ángulo saliente con una abertura igual para que puedan encajar unos en otros, sosteniéndose unidos por medio de ataduras elásticas muy sencillas que permiten unirlos y desunirlos fácilmente.

Tal es en resumen el barco wagon de M. C. El barco locomotor ó remolcador que se coloca á la cabeza del convoy, solo se diferencia de los demás en que su ángulo anterior es mas saliente y en que la proa recta y sin rodas ó brancas está provista de un timon.

Según el cálculo del inventor se podrán trasportar los viajeros con una velocidad de diez leguas por hora, á razon de dos céntimos y medio por kilómetro, y las mercancías con una velocidad media de tres leguas por hora al precio de un céntimo por kilómetro.

En los canales, lo mismo que en los rios, presentarán los nuevos barcos ventajas considerables; y aun mas, puesto que sirviendo los canales casi exclusivamente para el transporte de mercancías, no habrá que ocuparse tanto de la velocidad, y podrán arrastrarse 100 toneladas con un remolcador de cuatro unidades de fuerza, debiendo descender entonces el precio de cada tonelada á medio céntimo por kilómetro.

TELEGRAFÍA: — En ocasion de hallarse el célebre americano M. Morse en Londres, en donde fué objeto de extraordinarios obsequios, hace el « Times » una serie de consideraciones relativas á los resultados y efectos asombrosos de la telegrafia eléctrica. El telégrafo eléctrico, dice dicho periódico, es el prodigio de los tiempos modernos. Hállase tan portentoso invento todavía en su cuna, y sin embargo se extienden los alambres eléctricos casi por toda Europa y por el continente Norte-americano. En los dos ó tres años próximamente venideros, esperamos todavía resultados mas estupendos. Ya se halla dispuesto el monstruoso cable que va á ser sumergido en el fondo del mar Atlántico. Las montañas y los valles de ese formidable Océano, han sido medi-

dos con la plomada para encontrar la línea mas cómoda para la colocacion del alambre eléctrico. Dentro de poco la chispa eléctrica producida en Londres se transmitirá con la rapidez del rayo hasta la ciudad de los algodones, situada sobre el delta del Missisipi, así como á los pueblos de reciente establecimiento en la propia costa. A la vez, con esta obra gigantesca, ocupanse otros brazos para señalar la via á la chispa eléctrica entre el continente europeo y las orillas del Africa septentrional. Establecida tamaño línea puede entonces el pensamiento con la rapidez del rayo atravesar el antiguo país de los egipcios por las llanuras de la Mesopotamia, hasta las ciudades que tenemos en el imperio de la India, y con el tiempo alcanzar el gran punto céntrico del comercio de la India. Aun queda mas. El alambre que tiene su punto de partida en Londres, será dentro de poco conducido hasta las minas auríferas de la California. El alambre conductor atravesará entonces las aguas de la China y la parte Norte del mar Pacifico, tocando acaso de camino el misterioso imperio del Papan, uniéndose á la cadena occidental en San Francisco de la California. Entonces ocurrirá que una chispa soltada en Londres, recorra en un momento el planeta, y esta chispa es... ¡ un pensamiento humano!

EMIGRACION: — Con el título de « Historia de la emigracion » acaba de publicar un ex-ministro, M. William Bromwell, la monografía de esa corriente de la humanidad que se dirige á poblar y fecundar los desiertos de la Union Americana. Los datos son oficiales, y la obra tiene por esto un grandísimo interés. En 37 años han emigrado á aquellas regiones 4.212,624 personas de todos sexos, edades y condiciones.

Hasta 1784 no fué notable el movimiento en los puertos franceses é ingleses; en los diez años que se siguieron, el término medio anual de emigrados fué de 4,000.

En 1794, la revolucion francesa elevó este número á 10,000. En 1817 ya era de 22,240. Dos años despues (1819) las Cámaras dieron varias medidas para favorecer la emigracion, y desde entonces ha seguido creciendo en progresion rápida. Héla aquí:

De 1819 á 1829 (11 años)	128,502 emigrados.
De 1830 á 1839 (10 años)	538,381
De 1840 á 1849 (10 años)	1.427,337
De 1850 á 1855 (6 años)	2.118,404

Total en los 37 años 4.212,624 emigrados.

Este gran total de 4.212,624 se descompone en la forma siguiente: 2,485,080 varones, 1,679,136 hembras y 48,408 cuyo sexo no se conoce. La edad dominante en esta multitud es de 20 á 25 años; pero por las tablas se conoce que la emigracion se hace por familias.

Los puertos de arribada son Nueva-York, Nueva-Orleans, Charleston, Boston, Baltimore, Filadelfia, Galveston y otros diez y seis á diez y ocho que franquean la ruta de los Estados del Oeste y del Sur. Entre estos, desde 1850, figura San Francisco, que ha visto llegar á sus playas 62,852 emigrados.

La profesion del total de los emigrados no era fácil de calcular; sin embargo, tomemos los varones de 1854, que ascienden á 226,298; de estos eran:

Labradores.	169,561	Eclesiásticos.	397
Obreros mecánicos.	37,000	Ingenieros.	213
Comerciantes.	15,173	Artistas.	66
Marinos.	1,260	Actores.	13
Médicos.	237	Catedráticos.	26
Abogados.	135	Periodistas.	11

Los demás no tienen profesion ú oficio alguno.

La emigracion en los 37 años se ha alimentado de las naciones siguientes:

Reino-Unido.	2,343,445
Alemania.	1,242,082
Holanda, Bélgica y Suiza.	55,645
Dinamarca, Suecia y Noruega.	32,500
Polonia y Rusia.	2,256
América inglesa (Canadá).	91,699
China é Indias Orientales.	16,988
Francia.	188,725
España, las Antillas y Portugal.	19,091
Estados de Italia.	8,354
Turquía y Grecia.	231
América española.	57,366

Vemos pues que la raza greco-latina solo ha suministrado un 7 por 100 de la emigracion que se dirige al Nuevo-Mundo.

Beranger.

Pedro Juan de Beranger nació en Paris el dia 19 de agosto de 1780 en una casa de la calle Montorgueil, número 50, donde su abuelo ejercia la profesion de sastre. Nueve años y medio tenia cuando la toma de la Bastilla, y este magnífico triunfo del pueblo no salió jamás de su memoria; cincuenta años despues cantaba este suceso en un calabozo de la Force. El entusiasmo patriótico de Beranger data de aquella época. Su abuelo que le habia educado en los principios de la revolucion, le habria conservado con gusto en su casa; pero los motines eran mas frecuentes cada dia y la curiosidad del niño podia comprometer sus dias. Por esto se decidió á enviarle á Perona al cuidado de una tia anciana severa y muy devota. A catorce años entró de aprendiz en la imprenta de Laisné, donde permaneció

hasta los diez y siete, época en que volvió á Paris. El gran poeta futuro debía recibir el doble bautismo del trabajo y de la pobreza, pero la alegría natural que habia recibido del cielo vino á cubrir de flores su camino tan lleno de abrojos.

Aquel fué el tiempo de la *Guardilla*, los *Amigos alegres* y la aurora del reinado de *Liseta*. Gracias al apoyo de Arnault, Beranger alcanzó un empleo en las oficinas de la Universidad, donde permaneció doce años. Durante mucho tiempo el poeta mostró la mayor incertidumbre sobre el trabajo literario que debía emprender; queria ser el primero en su clase, y al cabo de varios ensayos acertó á cultivar un género en el que no ha tenido rival, no dirémos en Francia, sino en todo el mundo. Sabia que la cancion es la expresion de los sentimientos populares, y al darla un fondo filosófico en su forma sencilla, quiso consagrarla al pobre, al afligido, al hombre del pueblo. La musa política que le valió algunos contratiempos en su carrera, le dió tambien una gran parte de su fama. Ninguna de las glorias contemporáneas de la Francia puede lisonjearse de haber manifestado mayor constancia en sus opiniones, unida á un fondo de desinterés y de abnegacion de que hay pocos ejemplos. Miéntras todos sus amigos subian al poder, él se obstinaba en permanecer en una condicion humilde y completamente retirado del mundo.

Desde 1830 Beranger ha publicado muy pocas poesias. En 1848 como en 1830, fiel á su papel de abnegacion franca y de retiro absoluto, vió con sentimiento que el pueblo le llamaba á la representacion nacional. Una sola vez se fué á sentar en los bancos de la Constituyente para reconocer el honor que el pueblo le hacia, pero no volvió mas.

— ¿Qué puedo yo cantarles? exclamaba; no se entenderian, demasiado hablan ya.

Este desden eterno por todo lo que envidian los hombres en el mundo es uno de sus mas altos títulos. Veinte

veces han propuesto á Beranger el trono académico, y veinte veces ha respondido que no lo queria. En fin, para pintar al hombre en un solo rasgo, dirémos que su editor ha tenido que luchar durante mucho tiempo para aumentar con cincuenta francos al mes la pensión vitalicia que le paga por sus obras completas.

Beranger es la misma bondad; nunca ha llamado á su puerta un desgraciado sin ser oido, pero mas de

digno protegido, despues del cólera de 1832, el poeta le dijo:

— ¡Cómo! ¡estais aquí!... sin embargo, la ocasion era buena para que hubieseis muerto.

Beranger tiene en el dia setenta y seis años. Dicen que su editor posee dos manuscritos que se publicarán cuando el poeta haya cerrado los ojos. El uno contiene versos inéditos y el otro sus *Memorias*.

Damos el dibujo de la medalla que acaba de hacerse en su honor, en la cual se lee la inscripcion siguiente: *al poeta nacional nacido en Paris el 19 de agosto de 1780.*

Banquete

DADO Á M. REGNAULT, DIRECTOR DE LA MANUFACTURA DE SEVRES, POR SUS ADMINISTRADOS.

El sábado último habia una gran fiesta de familia en la manufactura de Sevres para celebrar el restablecimiento de su ilustre director, cuyos preciosos dias han estado en peligro.

Los empleados de la administracion, los artistas y los obreros de la manufactura de Sevres se suscribieron en proporcion de sus recursos para la fiesta, que comenzó con una misa de accion de gracias á la que asistió todo el mundo.

A las cinco y media se abrió el salon del banquete donde entraron doscientos cincuenta convidados, que

fueron colocándose en buen orden al rededor de grandes mesas cubiertas de frascos, manjares y flores. Jarrones monumentales, porcelanas preciosas, estatuas y bustos venian á completar la decoracion de la sala, adornada ya con colgaduras, guirnaldas y blandas alfombras; todo ello resplandecía á la claridad de mil bugías que ardian en tres hileras de hermosas arañas; los almacenes de la corona, las cuevas y los invernáculos de Saint-Cloud habian contribuido al brillo de esta fiesta.

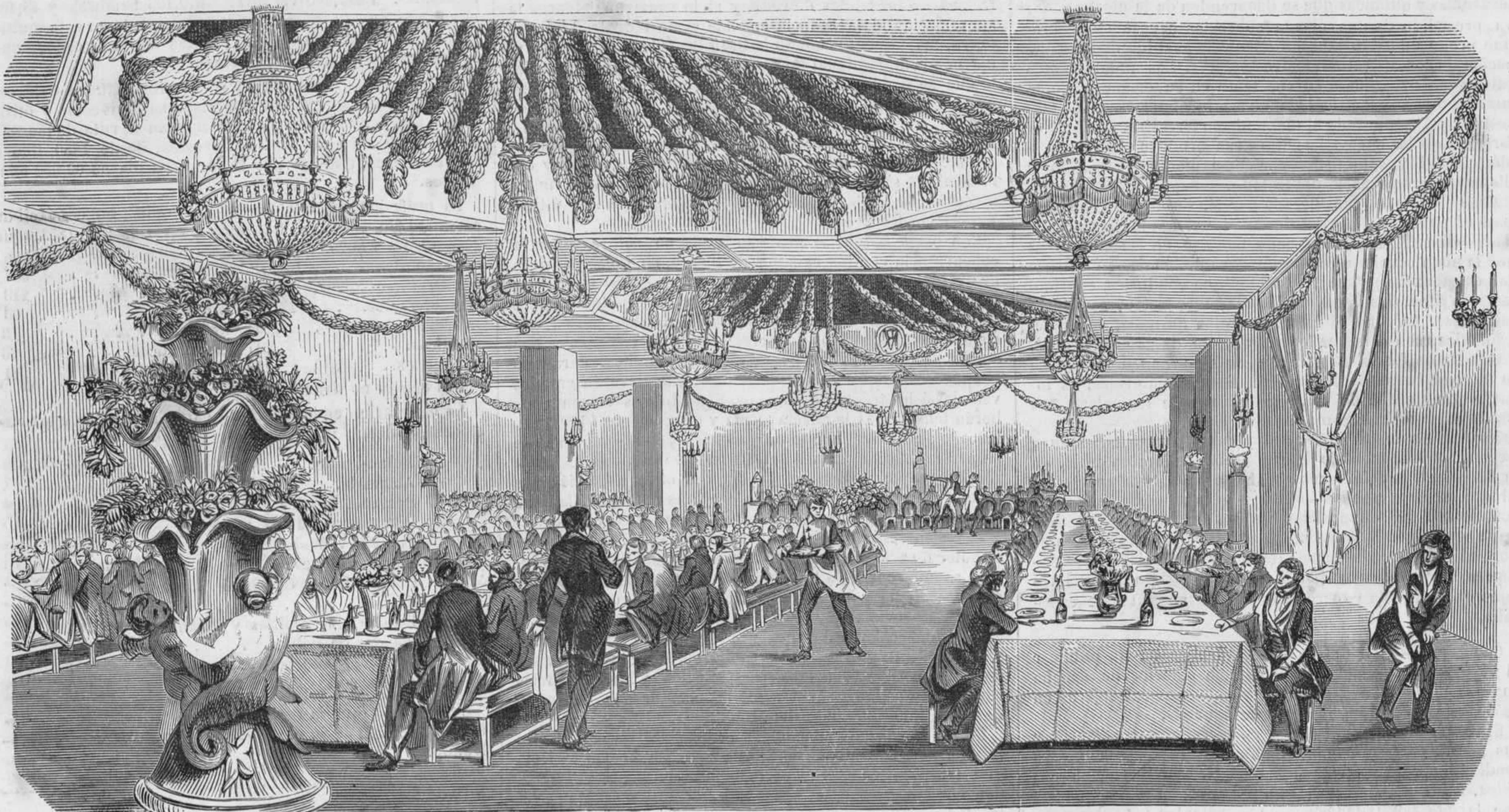
Un gran silencio reinaba en la asamblea, y todos los ojos se hallaban clavados en la puerta, cuando se pre-



Medalla de Beranger, por M. Franky Magniadas.

una vez le han hecho víctima de su benevolencia.

Un escritor oscuro todavía, impulsado una vez por la miseria, cometió una falta de delicadeza bastante grave para verse expuesto á pasar ante los tribunales. El poeta le tendió la mano al borde de ese abismo, le libró de la cárcel y le abrió su bolsillo, á fin de desviarle en adelante de toda idea culpable. Pero trataba con una naturaleza ingrata que se aprovechó de sus beneficios y de sus bondades para explotarle mas cada dia, y Beranger llegó á comprender que nunca aquel corazon pervertido podria salir del camino de la deshonor. Viendo que se presentaba de nuevo en su casa su in-



Banquete dado al director de la manufactura de Sevres.

sentó el director, escoltado por los comisarios del banquete, que fué recibido con tres salvas de aplausos. En la mesa de honor se sentaron el doctor Baduel, el venerable cura de Sevres, los jefes de la administracion, algunos de los artistas principales de la manufactura y varias personas notables del país. M. Vurher, jefe de mesa en el ministerio de la casa del Emperador, habia deseado asistir á esta fiesta. Un puesto se hallaba vacío y señalado con un ramillete, que era el de Madame Laurent, que habria sido la única señora en el banquete.

La comida se concluía y ya se destapaban las botellas de Champaña para los brindis, cuando de repente

se oyeron aplausos por todas partes; Madame Regnault acababa de entrar en el salon del brazo del presidente comisario y escoltada de un brillante escudron femenino, las obreras del establecimiento. Se habian puesto bancos para ellas. En torno de la mesa de honor y del centro del salon, se oyó una hermosa melodía: era el canto de la Primavera, cantado por los orfeonistas de la manufactura. Desde aquel momento la música solo se interrumpió por los brindis.

El ilustre director contestó con un corto discurso muy sentido á las señales de interés que recibia por todas partes, y acabó por brindar tambien á los progresos de la manufactura.

Los pobres no fueron olvidados en tan bello dia, y una circunstanca particular vino á vaumentar la suma de las limosnas que se recogieron. Los discípulos de la manufactura, creyendo que no podrian tener cabida en la mesa, compraron con el producto de su suscripcion un magnífico ramillete para la señora del director. Entónces M. Regnault queriendo corresponder á esta atencion delicada, les dió para divertirse una cantidad que sintió no haber doblado cuando supo que los discípulos la entregaron intacta al señor cura para los pobres del pueblo.

Tal es la descripcion de esa hermosa fiesta que vivirá en los fastos de la manufactura de Sevres.